









# El pterosaurio rojo

Sonia Arrazolo Reyna

FONDO   
EDITORIAL  
TAMAULIPAS

*El pterosaurio rojo*  
© Sonia Arrazolo Reyna  
Primera edición 2025

ISBN: 978-607-8452-66-8

*Gobierno del Estado de Tamaulipas*

Dr. Américo Villarreal Anaya  
*Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas*

Dra. Silvia Lucero Casas González  
*Secretaria de Bienestar Social*

Mtro. Héctor Romero Lecanda  
*Director general del*  
*Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Mtro. Julio Andrés García Pesina  
*Director de Publicaciones y Fomento Literario*

Encargada de la colección: Patricia Guzmán Rosiles  
Cuidado de diseño editorial: José Ángel Lumbreras Tristán  
Edición y corrección: Patricia Guzmán Rosiles  
Diseño de forros e ilustración: Manuel Tovar Campos

La colección *Altas Llamas* debe su nombre a la novela *Casa de altas llamas*, de Juan José Amador. Esta colección reúne obras narrativas y ensayísticas de escritores tamaulipecos, seleccionadas mediante convocatoria abierta del Programa Editorial Tamaulipas 2025.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)  
Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y  
Gaspar de la Garza 421, zona Centro  
Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C. P. 87000  
Tel. 834 315 2977

Derechos reservados conforme a la ley.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

Con enorme orgullo celebro la publicación de esta obra que forma parte de **Altas llamas**, una colección que nace al amparo del **Programa Editorial Tamaulipas 2025**, impulsado por el Gobierno del Estado a través de la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, con el propósito de fortalecer y difundir la creación literaria de autoras y autores tamaulipecos.

Cada uno de estos libros es testimonio del talento y la mirada crítica de nuestras comunidades. La literatura es un medio poderoso para contar quiénes somos, qué soñamos y qué defendemos, y en Tamaulipas creemos firmemente que el acceso a la cultura es un derecho que enriquece la vida colectiva y fortalece los lazos sociales.

La creación literaria es también un ejercicio profundo de libertad. Escribir es habitar la palabra propia y compartirla con los demás; es abrir espacios de diálogo y resistencia. Por eso, defendemos la libertad de expresión no solo como un principio democrático, sino como una condición para que las voces de nuestras escritoras y escritores florezcan con dignidad.

A quienes hoy publican sus obras gracias a esta convocatoria, les extiendo mi más sincera felicitación. Que estos libros circulen, se lean, se quieran y, sobre todo, se discutan. Sigamos construyendo con su palabra un Tamaulipas más unido y contribuyan a preservar la esperanza como fuente de grandeza del espíritu humano a través de su expresión cultural.

**Dr. Américo Villarreal Anaya**

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas



Desde el Gobierno del Estado de Tamaulipas, la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, se convocó a las escritoras y escritores de nuestro estado a participar en el Programa Editorial Tamaulipas 2025. Celebramos este espacio como una oportunidad para visibilizar el talento literario y fortalecer la presencia de nuestras voces en el ámbito editorial.

Una de nuestras prioridades ha sido construir una política cultural cercana, incluyente y sensible al contexto de nuestras comunidades. Sabemos que la literatura, más allá de su dimensión estética, es también una herramienta poderosa para la reflexión, la conservación de la memoria y construcción de identidad. Apostar por ella es, en muchos sentidos, apostar por el bienestar colectivo.

Por eso este programa no se limita a publicar libros, sino que busca ofrecer una plataforma constante para el ejercicio libre y digno de la escritura, reconociendo el valor de la literatura como una forma activa de participación cultural.

Quienes publican gracias a esta convocatoria demuestran un compromiso tanto con su obra como con la generosidad de compartirla con otros. En estas obras, las lectoras y los lectores podrán reconocer elementos que conforman un estilo y una identidad literaria propia de Tamaulipas; ahí reside buena parte de su valor.

**Mtro. Héctor Romero Lecanda**

Director General del Instituto Tamaulipeco  
para la Cultura y las Artes



*Un libro inspirado por mi persona favorita,  
mi querido hijo José Manuel.*



## CAPÍTULO I

### El sueño

¡Crac! El fuerte sonido me despierta de forma repentina. Al incorporarme alcanzo a observar una gigantesca rama derrumbada sobre el balcón, proveniente del cercano árbol desprovisto de hojas. Desconsolado, veo que será un día sin la presencia del sol como sucede la mayoría de las veces en esta época del año.

Me recuesto y cierro los ojos, intento aprovechar los últimos minutos antes de la hora programada para levantarme. Escucho el fuerte sonido de la lluvia y el viento que golpea contra los cristales. Las escenas del sueño en el que me encontraba invaden mi mente —me incorporo—, esas que se han estado repitiendo durante las últimas noches y que tienen lugar en la lejana Corea.

¡Caray... las imágenes son cada vez más reales! En mis oídos pareciera repercutir todavía el ensordecedor rataplán del *jangu*.

Apago la alarma y me levanto, aún es muy temprano. Mientras me preparo para acudir al trabajo, una rara preocupación se apodera de mí. Los intentos por olvidar el extraño sueño, lo vuelve más nítido y se mezcla con los recuerdos de las visitas al país de mi Madre. En el sueño me vi sentado

sobre una manta, me acompañaba mi abuela Eun-Ji mientras observábamos, respetuosos, el ritual que ejecutaba la chamana para nosotros.

Al final de este, e igual a como lo había hecho desde nuestra primera visita, Hana acercó su rostro al mío, y muy seria aseveró de nuevo: que un día sería responsable de proteger al mundo.

En el sueño, sus palabras eran las mismas que había preferido una y otra vez durante cada una de esas visitas. Recuerdo que cuando las pronunciaba sentía un poco de curiosidad acerca de su significado, pero muy pronto dejaba de pensar en ello. Mi interés al igual que el de todos los niños presentes, era salir corriendo al lugar donde se encontraba el grupo de músicos. Siempre me llamaron la atención las formas tan raras de aquellos instrumentos ejecutados por habitantes del pueblo, para acompañar el importante evento. Todo era nuevo para mí.

Mientras desayuno vienen a mi mente las primeras visitas a ese pueblito. Aunque para mí el recorrido siempre significó una divertida aventura, una experiencia que compartía emocionado con mis compañeros de escuela al regreso de mis vacaciones, para mi abuelita ese viaje representaba algo muy importante.

Después de la muerte de sus padres y la de mi abuelo, regresar al lugar donde había transcurrido su niñez para convivir, quizás con su mejor amiga, tenía para ella un significado especial. Mis visitas cada verano eran un excelente pretexto para viajar a su pueblo y disfrutar de la compañía de Hana.

Cuando me hablaba acerca del afecto que sentía por Hana comentaba: “me siento honrada por contar con la amistad de alguien que fue elegida por los dioses y espíritus”. Después aseguraba mientras sus ojos brillaban con orgullo: “Hana

no solo posee poderes capaces de aliviar enfermedades, sino también, de predecir el futuro”.

Yo nací fuera de Corea y crecí bajo la religión de mi padre que mi madre adoptaría también, años después. Pero como millones en ese país, mi abuelita era una fuerte creyente de que los chamanes tenían la capacidad de interactuar con todos los espíritus buenos a su alrededor. Afirmaban que los poderosos seres concedían las peticiones hechas por los elegidos cuando actuaban como intermediarios entre ellos y los humanos.

Con los años, el recorrido de casi cuatro horas al pueblito se convirtió en una tradición entre mi abuela y yo. Después del calor soportado durante la travesía, era una dicha arribar al gigantesco atrio sombreado por los curiosos y altísimos techos en forma curva, sostenidos por imponentes pilares y cubiertos por tejas en color verdoso.

Tan pronto entrábamos, se podía ver al fondo del patio central el enorme altar. Sobre este, se observaban todo tipo de frutas, dulces, velas, quemadores de incienso, alimentos y flores de todos los tamaños, tan coloridas como el traje que usaba Hana.

Como adolescente, recuerdo haber viajado ya sin la compañía de mis padres. La ausencia de ellos tenía la ventaja de alargar mi estancia, algo que mi abuela aprovechaba para permanecer más días en la finca. Mientras ella convivía con su querida amiga, yo recorría los alrededores. El huerto era uno de los lugares que me encantaba visitar en compañía de algunos amiguitos del pueblo, a quienes les hacía gracia mi desconocimiento acerca de la flora coreana. Lo que más disfrutábamos era subirnos a los árboles de caqui cargados de los deliciosos frutos anaranjados.

Durante el viaje de regreso, mi abuela insistía sobre la predicción de su amiga, mientras que la mayoría de las veces yo me quedaba dormido, arrullado por el movimiento del tren y la voz de mi abuela.

Al arribar a Seúl se hizo costumbre que mi abuela me invitara un postre raro, pero que al final terminó por gustarme: el *bing su*, un helado que consiste en hielo picado cubierto de leche condensada y otros ingredientes de lo más variopintos como judías, mango o melón con tomate. Disfrutar de su frescura y los deliciosos acompañantes nos permitía olvidarnos de la inclemente humedad recién padecida en el pueblito localizado allá en la costa.

Saborear la comida artesanal, muy diferente a la consumida en América, era también parte de lo que hacía tan grata la estancia en el hogar de mi querida abuela. Cada año volvía el momento de probar el *kimchi*: a veces lo comía solo o acompañado de pasteles de arroz, en ambos casos el sabor marcaba la rutina de la temporada. Otra de mis comidas preferidas era el *bibimbap*, una mezcla de arroz, vegetales y carne bañados con aceite de sésamo; y el aromático picante del *gochujang*.

Interrumpo mis pensamientos. ¡Estaba tan concentrado en mis recuerdos, que el tiempo transcurrió sin darme cuenta! Me visto rápidamente con un traje de dos piezas en color negro, mi preferido, y bajo el saco me pongo una playera blanca. Por último, calzo mis pies con unos elegantes y cómodos tenis negros.

No necesito usar zapatos que me hagan parecer alto: De madre coreana y padre inglés, mi estatura es la altura promedio del país que me vio nacer, aunque mis ojos y color de pelo son herencia de mi madre.

Apresurado me dirijo al estacionamiento del edificio. Pienso en lo afortunado que fui al adquirir un departamento a solo siete minutos del aeropuerto, mi lugar de trabajo. Además, la construcción está ubicada en un área muy tranquila desde la cual puedo llegar caminando a varios hermosos parques los cuales hasta la fecha no he podido visitar.

Conduzco mientras pienso que, quizás, haya estado soñando con mi abuela debido a que ya tengo más de dos años sin visitarla. La presencia de la *mudang* en el sueño debe ser por la importante relación que existe entre ambas.

Tan pronto se normalice la situación en el aeropuerto, prometo visitarla sin excusa alguna. Durante la pandemia del COVID-19, me vi obligado a espaciar las visitas a mis padres a pesar de vivir en la misma ciudad. A causa de la pandemia, la administración requería constantemente que supliéramos la falta de personal. Cuando el desastre afectó al personal del aeropuerto, la dirección inició un programa de capacitación en las diferentes áreas con el fin de remplazar las ausencias temporales. Por desgracia muchas de ellas, al final fueron permanentes. Por fortuna fui uno de los seleccionados para participar, probablemente gracias a mis excelentes calificaciones en el programa de control de tráfico aéreo del Embry-Riddle Aeronautical University en Florida, donde me había graduado.

Sonríó cuando recuerdo que mis compañeros siempre me han animado a solicitar un puesto administrativo: “No seas tímido, tú puedes”, me dicen. Pero sigo creyendo que, si algún día lo hago, será después de adquirir experiencia en cada una de las diferentes áreas que componen el aeropuerto.

A medida que me acerco a la torre de control, intento dejar atrás todos los recuerdos y el sueño inquietante. La responsabilidad de autorizar la llegada o el despegue de un avión

desde y hacia muchos destinos, con un promedio de doscientas vidas a bordo, requiere no solo conocimiento y experiencia, sino también un grado de atención constante.

Por lo general, se me pide apoyar hasta tres veces por semana en los diferentes departamentos, pero mi preferido es el de seguridad.

Aunque todas las áreas son importantes, pienso que mantener la seguridad de los recursos humanos e instalaciones es algo de mucha relevancia. Además del beneficio de acumular experiencia, disfruto mi estancia allí debido a que se trata de uno de los departamentos con personal de mayor antigüedad lo que hace que el ambiente sea muy agradable.

De noche hay momentos en que el tráfico de transeúntes se reduce bastante, y son esos lapsos durante los cuales nos damos unos minutos para convivir.

Este día es uno de esos en que, debido al frío inclemente, lluvioso e incluso nieve en algunos sectores de la ciudad —algo típico de noviembre—, se incrementa la falta de personal. Al terminar mi turno en la torre, me dirijo al área de seguridad después de haber confirmado mi disponibilidad con el supervisor.

Transcurridas algunas horas, los ruidos de mi estómago me recuerdan la falta de alimento. Esa mañana, el exceso de trabajo en la torre, debido a vuelos cancelados o retrasados, no nos había permitido a varios compañeros y a mí acudir a la cafetería, conformándonos con café o algunas galletas compartidas con los demás.

Me levanto y estiro mi acalambrado cuerpo después de permanecer varias horas en la misma posición, concentrado en las pantallas de monitoreo asignadas. Con un gesto, le indico a mi amigo Harry, coordinador de turno en esa área, que debo ir a la cafetería. A esa hora el lugar está casi vacío y la variedad de

platillos es poca, por lo que rápidamente, consumo una ensalada acompañada de una botella de agua.

Después de solo quince minutos, regreso y me dispongo a continuar la vigilancia a través de las pantallas, para identificar cualquier acción que pudiera afectar la seguridad personal o de las instalaciones. De improviso, algo llama mi atención.

¿Una niña? ¿Sola? ¡No puede ser! Los guardias no permitirían que algún niño caminara por las instalaciones sin la compañía de un adulto, y mucho menos a esa hora.

Al hacer un mayor acercamiento, como si ella estuviera esperando esa acción por mi parte, voltea a la cámara y... ¿sonríe?

¿Qué...? ¿Cómo conoce la ubicación de la cámara...? Al darme cuenta de que estoy hablando en voz alta, volteo apenado hacia mis compañeros, pero al verlos concentrados en su tarea, doy por hecho que no me escucharon.

Regreso mi atención a la pantalla. Con un ligero e inexplicable temblor de manos reinicio la búsqueda. Entrenado en el reconocimiento e identificación rápida de hechos y personas, tengo presente la mayor parte de los detalles, estoy seguro de que vestía un impermeable color rojo y su pelo era negro y muy largo.

¡Nada! Un escalofrío comienza a recorrer mi espalda al reconocer que el origen del temblor de mis manos no se debe a la inesperada situación, sino a la expresión de sus ojos, ¿amenazante?

Entre más me convengo de ello, un inexplicable temor comienza a crecer dentro de mí.



## CAPÍTULO II

### **Las mensajeras**

Después de haber insistido una y otra vez en localizar a la pequeña, sin resultado alguno, terminé el turno con un tremendo dolor de cabeza. Como el empleado de menor experiencia, no me atreví a compartir con mis compañeros algo que quizás solo había imaginado, debido a la fatiga acumulada por el sueño repetitivo.

Nunca el camino de regreso al departamento se me había hecho tan largo, a pesar de la cercanía. La pequeña figura de pelo largo, muy lacio y negro, vestida con un impermeable rojo que le llegaba casi a los tobillos, pero sobre todo su singular mirada, continuaban sobreponiéndose a cada uno de mis pensamientos.

Mientras el vapor envuelve mi cuerpo a causa del agua caliente, que en esta ocasión dejó correr por más tiempo, intento convencerme de que quizás lo que creí ver en solo unos segundos fue algo irreal, producido por el exceso de horas trabajadas, sumadas a la frugal alimentación de ese día. Al terminar de bañarme, me visto con una cómoda pijama azul y me dispongo a dormir.

Debería aprovechar el fin de semana para visitar uno de los muchos parques cercanos. Sonríe porque al comprar el

departamento lo hice precisamente por lo cercano de las áreas para caminar y por cualquier pretexto sigo sin hacerlo, ejercitarme nunca ha sido una de mis fortalezas.

Me quedo dormido, tan exhausto, que no recuerdo haber deseado que el extraño sueño no se repita.

Es de noche; me veo sentado cerca del impresionante altar observando el ritual de la chamana allá en el lejano pueblito. Al llegar a la cúspide de la danza, los movimientos de Hana son enloquecedores, diferentes, y por un momento incluso sugestivos.

Cuando la música termina, el ambiente, por lo general festivo, me percato de que, a mi alrededor, ahora todo es silencio y oscuridad. El altar, iluminado siempre por las coloridas velas de todos los tamaños, así como los faroles colgados a su alrededor, ahora está en una penumbra total.

A medida que Hana se acerca, el horror me hace caer sobre mis espaldas mientras busco con desesperación la presencia de mi abuelita, sin hallarla. Con la tenue luz de la luna alcanzo a ver que su vestimenta, que por lo general me causaba gracia, ahora resulta imponente. La combinación del descomunal vestido esponjado de gigantescas mangas, junto con el sombrero de copa muy alta terminado en forma de pico, antes colorido y ahora negro, me deja horrorizado.

Al acercar su rostro al mío, puedo ver que la expresión de sus ojos, por lo general amable, ahora muestra un gesto despiadado que me recuerdan la mirada oscura del pequeño ser con impermeable rojo. En esta ocasión no sonrío: se carcajea, y en lugar de dientes exhibe enormes colmillos. La expresión de su boca, aunada a la de sus ojos, la convierten en algo espantoso. ¡Cierro los ojos, deseando huir de ahí, terminar con la pesadilla!

¡Por fin despierto! Percibo mi corazón palpitando con fuerza. Suspiro agradecido por haber salido del sueño horrible

en el que me encontraba. Sacudo la cabeza, intentando alejar de mi mente la pavorosa figura y la mirada de Hana.

Me recargo en la cabecera y observo por unos instantes a través de la enorme ventana. Desde ahí puedo distinguir la silueta de los árboles localizados en la silenciosa avenida, moviéndose bajo el peso de la lluvia. El agua helada escurriendo sobre los cristales me provoca escalofrío. La sensación se intensifica al notar, hasta ese momento, que todo mi cuerpo está cubierto de sudor como resultado de la pesadilla.

Aún después de desayunar, me siento extenuado. Me invade una incomprensible ansiedad, a tal grado que siento la boca reseca. Un poco molesto porque de nuevo encuentro un pretexto para no ir a caminar, decido llamar al señor Marshall, nuestro director de operaciones, con el fin de preguntarle si requieren apoyo en el área de seguridad.

—Dime, Brandon, espero que estés aprovechando bien tu día de descanso —dice al contestar mi llamada.

—Ese era mi plan, pero recordé que el señor Bryan seguía enfermo y quería saber si les parecería bien que los apoye esta noche.

—Así es, los chicos están apurados por esa ausencia. Si estás disponible agradezco tu ofrecimiento para cubrir el turno nocturno. No sabes cuánto aprecio tu disposición en estos momentos tan difíciles.

La incertidumbre que me aqueja desde la mañana hace que la espera hasta la noche se me vuelva eterna. Necesito aclarar todas las dudas, recuperar mi apreciada paz mental tan necesaria para continuar desempeñándome al nivel requerido en el trabajo; tomar decisiones y ejecutarlas con rapidez, no puedo dejar que mis problemas personales intervengan en mi eficacia.

Antes de partir rumbo al aeropuerto me aseguro de consumir una nutritiva cena. Muy pronto la cocina es inundada con el delicioso aroma de la carne cocinada en la parrilla, que acompaño con una ensalada verde. En esta ocasión, no quiero atribuir a la falta de alimentación una situación como la experimentada.

Al acercarme al área de seguridad, saludo a mis compañeros, quienes, después de finalizar su turno, parten tranquilos a sus hogares, mientras el nuevo grupo se acomoda para continuar la labor de vigilancia. A la una de la mañana, cuando por lo general disminuye el tránsito de personas en las diferentes salas de espera, uno de nuestros compañeros regresa de la cafetería con humeantes vasos de café para todos.

Al sentir la deliciosa y reconfortante bebida recorriendo la garganta, me siento revivir y me reacomodo frente a las pantallas. Una de las cámaras muestra una línea de personas saliendo de una terminal. De pronto, me quedo paralizado, allí está de nuevo, pero ahora son dos.

En esta ocasión logro advertir que se dirigen a gran velocidad hacia la salida del aeropuerto. Me apresuro a hacer un acercamiento y al lograrlo, ambas voltean y me sonríen.

Muy desesperado, me paso la mano por el pelo, incapaz de comprender lo que estoy viendo. Un día antes, la misma niña se paseaba sola por el aeropuerto y, en esta ocasión ya no es solo una sino dos, ¡no se trata de mi imaginación!

¡La situación es muy extraña! ¿Cómo pasan desapercibidas para los guardias de piso? ¿Por qué voltean siempre hacia la cámara bajo mi responsabilidad? Además, cuando dirigen su mirada a la cámara correcta —la cual no siempre es la misma y no son fáciles de localizar por el público—, ¡me sonríen!

Por un momento siento el impulso de preguntar a mis compañeros. Desisto de inmediato; pienso que lo único que lograría sería preocuparlos sin una causa justificada.

Después de la pesadilla durante la noche anterior y de haber presenciado una situación rara —pero no lo suficiente como para ser reportada—, me siento agotado. Me pregunto si no estaré enfermo, o si el extraño y repetitivo sueño tiene alguna relación con estas visiones.

Ensimismado, me dirijo al estacionamiento. Al sentir las frías gotas de lluvia y el helado aire golpeando mi cansado cuerpo, me detengo. Pienso que no tendría humor para llegar a cocinar, por lo que decido regresar al edificio dirigiéndome a la cafetería.

Después de dormir algunas horas me digo que hoy debería visitar a mis padres. La sonrisa que provoca mi presencia en ambos alivia mucho mi creciente preocupación. Aunque muy felices, no pierden la oportunidad de recordarme que, a mis treinta años, debería pensar en formalizar un compromiso. Cuando los escucho solo sonrío, mientras viene a mi mente el rostro de Min Young.

Mucho más tranquilo gracias a la convivencia con mis padres y a pesar de haber soñado de nuevo con Hana prediciendo mi participación futura como protector del mundo, a la mañana siguiente me dirijo a mi trabajo con mayor anticipación, con el fin de disfrutar de un buen desayuno en la cafetería asignada a los empleados.

Sonrío al observar sobre la bandeja los deliciosos huevos con tocino, pan tostado y la taza con el humeante y aromático café. Recuerdo que durante mis viajes a Corea era precisamente eso lo que más extrañaba. Por supuesto que mi abuelita nunca lo supo. Cuando, durante las mañanas, me ofrecía alimentos

muy diferentes —sopa, pescado a la plancha y arroz—, siempre se lo agradecía y me obligaba a consumir la mayor parte de ellos mientras ella me observaba muy sonriente.

Al buscar una mesa disponible, me alegra ver en una de ellas a mis compañeros Harry y Laura. A medida que me acerco me doy cuenta de que están muy pensativos, nada común en ellos. El carácter extrovertido de ambos, tan diferente al mío, los hace una compañía muy divertida. Convivir con ellos, aunque no tan frecuentemente como con mi amigo José, es algo que siempre disfruto.

—¡Laura, Harry! ¡Buen día! ¿Por qué están tan serios?

—¡Carajo, Brandon! Qué cara te cargas tú también —me dice Laura, pero no sonrío como lo hace siempre y continúa más seria—, lo que pasa es que nos acabamos de enterar de algo que seguimos sin comprender. En cuanto llegamos, nos comentaron que, ayer, una de las recepcionistas fue dada de baja esta mañana.

—De acuerdo con el reporte, terminó atacando verbalmente a dos pasajeros. Informan que, por fortuna, los guardias de seguridad actuaron muy a tiempo, antes de que Betty abandonara el mostrador con intención de agredirlos físicamente.

—¡Demonios! Yo tampoco lo entiendo. Ella siempre ha sido muy amable, aguantaba todas mis bromas con una sonrisa. No puedo creer que haya cambiado tanto de un día para otro —agrega Harry, muy serio.

Mientras desayunamos, continuamos comentando sobre el mismo tema y nos despedimos con la promesa de reunirnos pronto para disfrutar una carne asada en la casa de José. Me dirijo a la torre de control, cuando un pensamiento vuelve a invadirme: ¿el incidente está relacionado con las niñas extrañas?

Sacudo con fuerza la cabeza para alejar la inquietud. Al llegar a mi área, saludo a todos mis compañeros.

Antes de finalizar mi turno, el señor Marshall se acerca para preguntarme si puedo apoyar el área de seguridad esta tarde, petición que acepto de inmediato.

—¡Hola, amigos! Pasé antes a la cafetería por unas donas recién horneadas acompañadas de café —voltean todos al escucharme, agradeciendo la merienda además de mi apoyo.

—¡Brandon! Siempre eres bienvenido, y mucho más si vienes acompañado de café y donas. ¡Muchas gracias!

Inicio mi tarea mientras degusto mi propia dona y café. En forma discreta reviso los videos del área de recepción correspondientes al día anterior, la fecha del incidente mencionado por mis amigos. En el momento en que Betty se inclina para atar la etiqueta de identificación al equipaje de una pareja de mediana edad, una niña —idéntica a las avistadas anteriormente— aprovecha para acariciar su cabeza, algo que, increíblemente, pasa desapercibido para la recepcionista.

Al erguirse para entregar la parte de la etiqueta correspondiente a los viajeros, la expresión de Betty ya no es la misma: sus ojos verdes, siempre dulces, se oscurecen hasta volverse casi negros, y una dureza repentina transforma su rostro de una manera tan desagradable que no entiendo cómo puede pasar inadvertida para todos a su alrededor.

¿Es mi imaginación, al momento ya descontrolada, que considera que el roce de la mano de una pequeña provocó el cambio tan drástico en la recepcionista? Conociendo los protocolos del aeropuerto para abrir un caso, estoy convencido que una deducción así no sería suficiente para iniciar una investigación.

Por otra parte, mi inquietud crece, porque por razones que sigo sin entender, solo yo estoy siendo testigo de hechos aparentemente invisibles para los demás.

A la fecha, nadie ha reportado la presencia continua de niños sin acompañante.

## CAPÍTULO III

### **El desastre**

Aunque el edificio cuenta con servicio de limpieza semanal y, a pesar de la hora, intento distraer mi mente ordenando mis pertenencias y mirando sin atención un programa en la pantalla.

Al cambiar automáticamente a un canal de noticias, algo logra captar mi atención. El comentarista se muestra preocupado, anunciando el incremento de accidentes ferroviarios y aéreos, así como hechos delictivos en varios países, todos sin explicación alguna hasta la fecha.

Me voy a la cama lleno de incertidumbres, pensando en cómo y por qué podría estar yo relacionado con tales hechos. Intento tranquilizarme, convencerme que aquella lejana premonición por parte de Hana —la cual persiste en mis sueños— y los recientes sucesos no son más que coincidencias.

Termino durmiéndome pensando que, durante los siguientes días, me esforzaré en aclarar todas las dudas; que el sinnúmero de extraños hechos no son necesariamente algo fuera de lo común, que se tratan solo de situaciones fortuitas.

El martes por la mañana y a pesar del recurrente sueño, me apresuro con el fin de llegar más temprano que de costumbre a mi trabajo. Al llegar, me percató que algo sucede:

mis compañeros en la torre lucen muy inquietos. Aunque sin dejar de realizar sus tareas, sus voces se cruzan en murmullos tensos, algo inusual en el área. Me dirijo a José:

—¿Qué está pasando?

—Malas noticias, *brother* —comienza, con el ceño fruncido—, resulta que una de las azafatas del vuelo Nueva York-Beijing está acusada por el asesinato de dos pasajeros, una pareja de mediana edad. Algo que nadie entiende: dicen que cuando abordaron el avión se veían muy felices, pero que después de unas horas terminaron discutiendo y atacándose, muy agresivamente. Comentan que la azafata en lugar de intervenir, tal como se lo requiere el protocolo, decidió “resolver” el problema de una forma inesperada. Haciendo uso de los extintores y antes de que alguien pudiera impedirlo, destrozó la cabeza de ambos con una fuerza insospechada. Lo peor del caso es que, según el reporte, se menciona que mientras lo hacía no dejaba de reír ante la presencia horro- rizada de los pasajeros —hizo una pausa para respirar—, cuando finalmente lograron someterla, declaró muy tranqui- la no saber de qué le hablaban. Lo último que recordaba era haber entregado una nieve a la pequeña sentada muy cerca de la pareja —continúa—. *Brother*, para mí que algo raro está sucediendo —con cara de preocupación—. Ya son varias ocasiones en que el personal del aeropuerto se ve involucrado, no sé... como que ya son demasiados accidentes —termina, persignándose—, como diría mi madre:

*El diablo anda suelto.*

Este día, el turno como controlador de tráfico se vuelve inter- minable. Las tareas que ejecutábamos con tanta dedicación y

esmero, tanto yo como mis compañeros, requieren un esfuerzo mayor, como si una sombra invisible flotara sobre nosotros. Todos lucen intranquilos; cada vez que volteo a ver a José, lo encuentro llevándose la mano a su enorme bigote más veces de lo habitual.

Al terminar mi horario me dirijo casi corriendo al área de control de seguridad.

—¡Buenas tardes, compañeros! El señor Marshall me comentó que necesitaban apoyo de nuevo.

—¡Como siempre, amigo! —contestan todos muy alegres, saludándome desde sus lugares con amistosos gestos de sus manos.

Durante el descanso de la cena decido tomarme solo unos minutos e ingerir algo muy ligero. No me perdonaría que durante mi ausencia ocurriera algo que pudiera aclarar el montón de dudas que cargo encima. Con un vaso de café en la mano, regreso a mi tarea.

A medida que transcurren las horas siento que el cansancio aunado al estrés me aplasta, ninguna posición en la silla me brinda confort alguno, pero me digo que no importa, que tengo que esforzarme más para no perder detalle alguno de las diferentes áreas bajo vigilancia. Un poco antes de terminar el turno mi empeño por fin da resultado: ¡allí está de nuevo! Luce exactamente igual a las ocasiones anteriores. ¿Será la misma? La veo salir por el área asignada a un vuelo proveniente de un país latinoamericano. Casi estoy seguro de que, en lugar de caminar, se desliza o vuela, porque en segundos lo único que alcanzo a ver es el destello del impermeable rojo mientras sale por la puerta principal del aeropuerto.

Durante el regreso al departamento continuó, preguntándome qué debería hacer. La presencia de los extraños seres,

desapercibida para los demás, no lo es para mí. Lo primero que hago al llegar es revisar mi celular, percatándome del sinnúmero de llamadas perdidas de parte de mi abuela.

Aunque muy cansado y más desconcertado que nunca, decido hacer una videollamada aprovechando que en Seúl debe ser de día.

—¡Brandon! ¿Porque no me habías regresado mis llamadas? —me dice mi abuela mostrando un rostro angustiado.

—¡Discúlpame, abuelita! Estaba cubriendo turno en un área donde está prohibido el uso de celulares. ¿Qué pasa, por qué te ves tan preocupada?

—Brandon, el día de ayer mi querida Hana vino a visitarme, algo que consideró debía hacer debido a lo urgente de la situación. Conozco tu renuencia, pero por favor hazme caso en esta ocasión. Los dioses y espíritus que un día la eligieron le han solicitado preparar una ceremonia para trasladarse de su cuerpo al tuyo. Ellos le hicieron saber que el número de tragedias está aumentando debido a que el demonio ha dispersado mensajeros por todo el mundo. Aseguran que, al ser tú el elegido, ya debiste haber recibido alguna señal, de que el mundo está siendo afectado por una situación que requiere ser solucionada de forma especial.

Al oír a mi abuela mencionar a los mensajeros, mi mente se vuelve un caos. Relaciono de inmediato sus palabras con la presencia de los pequeños seres vestidos de rojo y con las muertes y accidentes ocurridos bajo circunstancias insólitas. Aunque por un lado admito la posible conexión de los hechos, sigo resistiéndome en aceptar algo en lo que, incluso hasta ahora, nunca creí.

—Abuelita, no insistas de nuevo con esa predicción —le digo sonriendo, intentando no mostrar mi propia ansiedad—.

Deberías preocuparte solamente por tu salud. Debido a que Hana te quiere mucho, piensa que te hará feliz que yo herede sus dioses y espíritus. Querida abuela —le digo intentando aparentar algo diferente a la terrible angustia que me está causando nuestra conversación— no tendría ni la más mínima idea de cómo manejar un poder tan extraño, tan ajeno a mí.

—¡Por favor, Brandon! Tienes que confiar en su palabra. Antes de conocerte, los espíritus ya le habían advertido que pronto abandonarían su cuerpo para trasladarse al tuyo, noticia que me compartió de inmediato y que nos llenó de alegría. La alegró mucho saber que sus poderes serían heredados a alguien muy querido por ambas.

—Está bien, abuelita, tranquila. Te prometo ponerme en contacto con ella lo más pronto posible.

Me despido de forma apresurada, tratando de mantener hasta el último momento la sonrisa. Pero apenas la llamada termina, algo en mí se quiebra. Antes de cortar la comunicación, empezaba a sentir cómo todo giraba a mi alrededor a una velocidad vertiginosa. Una oscuridad inesperada y aterradora me envuelve, silenciosa y absoluta, antes de que mi cuerpo ceda y caiga.



## CAPÍTULO IV

### **Hana la *mudang***

Cuando recibí la noticia de que pronto me visitarán Eun-Ji y su nieto, un cúmulo de recuerdos irrumpe en mi mente. Debo haber tenido solo unos cinco años cuando llegué a la majestuosa casona que, desde entonces, ha sido mi hogar.

Nunca podré olvidar aquella noche en que por primera vez descansé sobre una suave cama ubicada en el gigantesco dormitorio a un lado de la enorme cocina, el cual estaba dividido en dos áreas con el fin de brindar privacidad tanto a hombres como mujeres.

Cómo no acordarme de mi primera mañana ahí, durante la cual consumí con voracidad el succulento desayuno mientras era observada con mucha atención por la señora mayor, responsable de todos los trabajadores. Se trataba de una mujer muy seria a quien todos se dirigían como la señora Piorek. El hambre era tanta, que me obligué a restarle importancia al temor que me causaba la presencia de la anciana.

Durante los siguientes días, la señora empezó a darme pequeñas tareas: barrer hojas, acomodar utensilios, llevar mensajes cortos. Cosas simples, pero que me hacían sentir parte del lugar. El tiempo libre, que en realidad era bastante, lo dedicaba

a caminar por los alrededores de la solariega casa y visitar los corrales de cerdos y gallinas localizados en la parte posterior de la misma.

Una de esas tardes, mientras me entretenía construyendo casitas con pequeñas piedras y ramas bajo la sombra de los gigantescos robles y olmos localizados en el enorme patio central, se acercó a mí la única hija de los dueños de la enorme finca. Yo solo la conocía de lejos y sabía que se llamaba Eun-Ji.

Desde el momento en que nos conocimos, no volvimos a separarnos.. Eun-Ji pidió a sus padres que me permitieran acompañarla a las clases que ella recibía de institutrices contratadas para su educación, lo cual aceptaron de inmediato. Después de varios años me enteré de que también la anciana había intercedido por mi educación, que desde mi llegada había decidido tomarme bajo su protección a pesar de no ser un familiar sanguíneo.

Para ambas, el enorme patio central era el lugar preferido para jugar durante horas o completar las tareas asignadas por los maestros. Antes del frío invierno, disfrutábamos acompañar a la señora Piorek al inmenso huerto localizado a un lado de la propiedad.

Además de diferentes hortalizas, los enormes y aromáticos árboles de caqui repletos de anaranjados frutos, eran nuestros preferidos. Después de su cosecha, no dejábamos de visitar la bodega con el fin de vigilarlos y verificar con nuestros pequeños dedos si ya estaban lo suficientemente suaves.

La anticipación de disfrutarlos era enorme; a medida que el color naranja se hacía más intenso como mayor su suavidad, significaba que estaban listos para comer, lo cual no dejábamos de hacer antes de que la mayoría de ellos fueran usados en la cocina para guisos y postres.

Recuerdo muy bien aquel primer amanecer, cuando fui despertada de forma sigilosa por la señora Piorek. Para entonces yo era ya una adolescente y, con los años le había tomado mucho cariño a la anciana. Creyendo que me necesitaba para alguna tarea, la seguí obediente tal como me lo pedía.

Comencé a caminar a su lado, acompañadas solo de los característicos sonidos del campo saludando la naciente mañana. La silenciosa caminata terminó al llegar casi al final de todo el caserío del entonces todavía más pequeño pueblo.

Nos detuvimos frente a una casita cercada y pintada de blanco. La señora Piorek abrió la puerta y, con un gesto, me invitó a entrar. En el interior me di cuenta de que se trataba de una vivienda dividida en dos espacios: uno muy grande que ocupaba todo el frente y uno pequeño al fondo.

—Espera aquí, por favor —me dijo mientras la observaba encaminarse a la puerta de la segunda habitación.

Con la luz del sol entrando por la única ventana localizada en uno de los costados de la casita, pude observar que lo único que ocupaba la habitación era una mesa larga, muy alta. Sobre ella había enormes vasijas con frutos de la región, flores de papel, coloridos banderines colgando del techo, pinturas de extraños personajes sobre la pared y muchos objetos más desconocidos para mí. Toda la casa estaba impregnada de un fuerte olor a incienso.

Me quedé asombrada cuando vi regresar a la señora Piorek ataviada con un enorme vestido blanco, con el cual se veía aún más pequeña. Ella se acercó al altar y encendió todas las veladoras acomodadas sobre la mesa y las varitas de incienso. Después se dirigió a mi diciéndome con voz suave:

—Hana, arrodíllate junto a mí, por favor.

La anciana comenzó a hablar dirigiéndose a alguien que yo no podía ver, pero recuerdo que, por increíble que fuera, nunca sentí temor. A pesar de que los murmullos eran cada vez más fuertes no eran agresivos sino dulces.

A medida que pasaban los minutos fui entendiendo mejor las palabras de la anciana, percatándome que lo que estaba haciendo era solicitar a esos seres invisibles que derramaran bendiciones para varias personas del pueblo, incluso para mí, la joven que estaba a su lado.

No supe cuánto tiempo pasó, pero como no recibí ninguna otra indicación, me mantuve a su lado guardando un respetuoso silencio. Cuando la anciana terminó sus peticiones me indicó que apagara las velas, las varitas de incienso y reemplazara la fruta vieja por otra que había transportado en una bolsa desde la casona.

Iniciamos el camino de regreso sin hablar, tal como lo habíamos hecho en la madrugada.

Tras una semana de repetir la misma rutina, me acostumbré a despertar de madrugada. Cuando la anciana llegaba hasta el espacio asignado para mi descanso, yo ya me encontraba preparada e incluso un poco emocionada por acompañarla. Muy pronto empecé a repetir y disfrutar las oraciones dirigidas a esos dioses y espíritus que ya no me resultaban tan desconocidos.

Un día, cuando caminábamos de regreso la anciana me invitó a sentarme junto a ella bajo la sombra de un enorme árbol. Después de mantenerse pensativa durante un rato me dijo:

—Hana, como habrás comprendido, soy una chamana. Una intermediaria entre los humanos y los dioses, así como espíritus buenos. A ellos solicito alguna concesión o protección para las diferentes personas. Para lograr los favores solicitados, debo conservarme pura de cuerpo y corazón. Al igual que tú,

yo también fui huérfana. Un día, y siendo aún muy joven, me enfermé repentinamente. Para entonces ya trabajaba en la casa, pero no vivía allí. Una vecina muy amable nunca dejó de cuidarme, a pesar de que por momentos creyó estar segura de que no viviría debido a que ninguna medicina me hacía efecto. Tal como me había enfermado, un día desperté sintiendo que mi cuerpo ya no era el mismo, que mi interior se había llenado con las voces de esos dioses y espíritus —pausa—. Cuando llegaste aquí, al yo saber que eras huérfana, solicité a los dioses y espíritus su anuencia para que tú fueras mi heredera. Yo ya estoy vieja y moriré pronto, pero debido a que no eres familia, deberás pasar, como yo, por un proceso de enfermedad durante el cual sufrirás, pero la recompensa será inigualable.

Recuerdo sentirme muy emocionada después de escuchar a la anciana. Para mí, la hermosa amistad con Eun-Ji y los momentos de preparación y oración con la anciana eran todo lo que necesitaba para ser feliz. Con el transcurso de los años aprendí a solicitar y obtener bendiciones en compañía de la señora Piorek para las familias que las necesitaban; la alegría y satisfacción que sentía eran inmensas.

Para ese entonces, la amistad con Eun-Ji se había vuelto una hermandad. Cuando un día me enteré de que los padres de mi querida amiga la habían comprometido con un joven muy rico con quien, después de la boda iría a vivir a la capital, la tristeza que me embargó fue pasajera; la felicidad de mi amiga era también la mía.

—¡No te preocupes! —me dijo Eun-Ji—. Esta casa será siempre tu hogar. En el momento que me case mis padres y yo nos iremos y tu quedarás al frente de la misma. Sabes también que el pueblo es muy pequeño, que mantener una situación en secreto es imposible. Sé que hace años eres alumna de la señora

Piorek y que pronto podrías ser investida como *mudang*, lo cual me causa mucha alegría y orgullo.

Cuando la escuché decir esto recuerdo haberla abrazado con fuerza, sin poder hablar debido a la emoción causada por sus palabras. Después de solo unas semanas de la partida de Eun-Ji con su esposo y padres, enfermé. Durante mi período de inconciencia, por extraño que parezca nunca dejé de escuchar las oraciones de la querida señora Piorek.

Fueron varias semanas de fiebre y sueños intranquilos, en los cuales me vi obligada a presenciar feroces batallas de espantosos demonios contra dioses ataviados con armaduras color plata y espíritus de corazón bondadoso.

Al transcurrir treinta días, la fiebre desapareció en un instante. La agonía sufrida fue remplazada por un sinnúmero de voces dentro de mí, suaves, como tratando de acomodarse en todo mi interior. En ningún momento sentí miedo, al contrario, se apoderó de mí una paz interior que ya antes había sentido, la cual solo fue empañada por la muerte, totalmente inesperada, de la señora Piorek.

Después de llevar a cabo los funerales en honor de la anciana, trasladé el altar, la vestimenta y todos los objetos localizados en la pequeña casa de la señora a la finca, ahora bajo mi cuidado.

Han pasado muchos años desde aquel día que vi partir a mi amiga y su familia. La noticia de su regreso solo me trae hermosos recuerdos y mucha emoción. Saber que viene acompañada de su único nieto, hace de su visita una ocasión todavía más especial.

Muy temprano, el día de su anunciada llegada recibí una noticia que me dejó asombrada. Durante mi preparación escuché las voces de los dioses y espíritus advirtiéndome de que

un día abandonarían mi cuerpo para trasladarse al nieto de mi querida amiga. En su destino hay una importante misión.

A partir de esa primera visita, Eun-Ji, ahora viuda y también anciana como yo, nunca dejaría de visitarme, siempre con su nieto. En cada ocasión que llevaba a cabo el ritual frente a mi amiga y el niño —que pronto se convirtió en un agradable joven—, seguía recibiendo el mismo mensaje de parte de los dioses y espíritus: “el nuevo receptor ha sido elegido” y en susurros, pronunciaban su nombre.



## CAPÍTULO V

### Los guerreros

Al abrir los ojos me encuentro sentado en el mismo tren que nos llevaba, cada año, a mi abuelita y a mí al sur de la capital de Corea. Observo a mi alrededor y, extrañado, me doy cuenta de que soy el único pasajero. El solitario vagón permanece en penumbras, atravesado por ráfagas de un viento tan helado que me hace temblar entero. No sé si es por el frío o por ese ruido extraño que el viento arrastra consigo: pareciera que algo invisible recorriera el vagón.

En ese momento me percato que el ruido del tren sobre las vías ya no es aquel sonido rítmico que inclusive me adormecía durante esos viajes. Hasta mí llega un ensordecedor chirrido, y cuando me asomo por la ventana se destaca en la negrura exterior, los destellos de luz producidos por el contacto de las ruedas sobre el metal de las vías.

Observo a mi alrededor de nuevo y confirmo que me encuentro sentado a la mitad del vagón, totalmente solo. Un extraño temor sube desde mi estómago hasta mi pecho, y continúa creciendo al presentir que me observan. Busco el origen de la molesta sensación y dirijo la mirada al fondo del furgón. Ahí está: El impermeable rojo.

Nunca había estado tan cerca de ella. Desde mi lugar alcanzo a vislumbrar sus brillantes y oscuros ojos mientras me observa con una inexplicable maldad, más real que la percibida a través de las pantallas en el aeropuerto. Se ríe, una risa que se convierte en burla y deja al descubierto una fila de dientes que más bien parecen agujas. Estoy temblando, no entiendo cómo alguien tan pequeño puede producirme un terror tan grande. Me siento atrapado en su mirada malévola. En esta ocasión no solo alcanzo a confirmar su maldad sino una actitud de reto.

Siento la imperiosa necesidad de correr hacia ella y destruirla, sé que podría lograrlo, borrar su horrible sonrisa, pero no puedo. Una fuerza desconocida me mantiene incrustado al asiento; mi desesperación es tan grande, que empiezo a golpear con fuerza el respaldo frente a mí con el fin de descargar la frustración acumulada durante semanas.

De pronto, la exigua y parpadeante luz se extingue y siento como mis puños rebotan contra el vacío. El silencio a mi alrededor es absoluto. Mi asombro es enorme cuando me veo sentado frente a la chamana, no como en mis sueños, sino como el adulto que soy en la actualidad.

Volteo hacia un lado y otro buscando la sempiterna presencia de mi abuelita, pero a mi alrededor no existe nada, solo estamos ella y yo rodeados de una extraña quietud. Pareciera como si ambos estuviéramos dentro de una burbuja de aire sin pared, acompañados por un viento suave, aromatizado por la dulce fragancia proveniente de los árboles de kakis.

En esta ocasión ella porta un sencillo vestido blanco en lugar de su estrafalaria y colorida vestimenta, con la cual la recuerdo durante mis visitas. La *mudang* extiende su brazo frente a mí, y sin decir una palabra abre su mano en la cual puedo ver una pulsera formada con diminutas y brillantes ge-

mas de colores claros. Sin entender cómo ya que sus labios se ven cerrados, hasta mis oídos llega muy clara su voz:

—¡Brandon, escúchame con atención! Ha llegado el momento. Cada gema de esta pulsera representa el poder de un espíritu virtuoso. En el momento en que tu mente y corazón acepten que eres el elegido para salvaguardar el mundo, su energía y protección serán tus eternos compañeros. A través de la historia, los dioses siempre han requerido la presencia y el compromiso de un humano durante la lucha contra el mal. Pero durante cualquier misión que se le asigne, siempre es acompañado por seres poderosos elegidos por el reino del Dios único. Además de esos seres, mis espíritus buenos han decidido que por lo difícil de tu primera misión es urgente trasladarse a tu cuerpo para acompañarte, pero antes necesitan tu aprobación.

Continúo creyendo que esta escena es parte de la misma pesadilla, esa que se ha estado repitiendo desde muchas noches atrás. Solo quiero despertar. Pienso que, si acepto la propuesta de Hana, el sueño podría terminar más pronto, pero en esta ocasión la solemnidad del ambiente es diferente. Sin pensarlo, pregunto:

—¿Por qué yo? —una pregunta que pensé que nunca me atrevería a hacer. La negación persistente de la ancestral predicción, se fue evaporando, lentamente.

—Brandon, los humanos no podemos discutir los designios de los dioses. Mi obligación es advertirte que desde el momento que aceptes las gemas, tu vida ya no será la misma. Te convertirás en un *Kangsin mudang*, lo que significa que dioses y espíritus formarán parte de tu cuerpo, oirás sus voces y sentirás su poder. También debo hacerte saber que para que eso suceda: padecerás molestias que te mantendrán en cama hasta que la integración del poder se complete en ti exitosamente. Después

de ello, la fuerza de los espíritus buenos inundará cada parte de tu ser. Podrás recurrir a ellos en cualquier momento.

—¡Está bien, acepto! —me oigo decir con voz apagada, el sonido de mi corazón retumbando en mi pecho sonaba más fuerte, recordando a mi abuela mientras me repetía: “Brandon, confía por favor”.

Hana me indica con un gesto que me ponga de pie, a su vez ella hace lo mismo. En ese momento escucho la música que la acompañaba durante sus ritos, pero ahora el ritmo es más suave que otras veces, remplace poco a poco el silencio.

La chamana pone la pulsera sobre mi frente, después la lleva a la altura de mi corazón y, a continuación, la coloca en mi muñeca izquierda. ¡La pulsera desaparece bajo la piel! Abro los ojos, estoy en mi recámara y lo primero que veo es el rostro de mi madre.

—¡Hijo, por fin despiertas! —me dice con voz angustiada.

—¡Madre, por qué estás aquí? ¿Cómo entraste? —le preguntó asombrado y muy confundido todavía por las escenas recién vividas.

—Bran, llegué hace un mes. Tu abuela me llamó porque la última vez que hablaste con ella estaba segura de que algo te había sucedido. Entonces yo te marqué varias veces, y como no obtuve respuesta decidí comunicarme a la caseta de seguridad. Algunos minutos después los guardias me confirmaron que te habían encontrado en el piso, con mucha fiebre, y que un vecino se había ofrecido hacerse cargo de tus cuidados mientras yo llegaba.

La miro, incrédulo. Antes de continuar haciendo más preguntas para aclarar la situación, me doy cuenta de que alguien más está presente. La persona avanza y se queda a un lado de mi madre.

—Hola, Brandon, soy Miquel. Vivo en el departamento de al lado. Por lo ocupado que estás con tu trabajo no hemos tenido la oportunidad de conocernos, pero a partir de hoy puedes contar conmigo para cualquier cosa que necesites.

Entonces puedo ver a un hombre quizás un poco mayor que yo, de tez blanca y muy alto. Lo que más se destaca en su rostro son sus ojos de un azul increíble. Lo más desconcertante es que, entre más los observo, creo estar viendo los ojos de un anciano y no de alguien joven. Interrumpo mis pensamientos al escuchar a mi madre comentar:

—Querido hijo, como veo que ya te recuperaste, y Miquel me había prometido seguir cuidando de ti, me voy tranquila. Hablé con tu jefe para ponerlo al tanto de tu enfermedad y me dijo que no te preocuparas, que debías descansar el tiempo necesario para recuperarte. Bran, sabes que tu padre no se ha sentido nada bien los últimos meses. Confío que comprendas que me urge regresar a cuidarlo.

Todavía impactado por el estado de inconsciencia tan prolongado, además de lo sucedido antes de despertarme, me siento tranquilo y le agradezco a mi madre sus cuidados mientras me besa y abraza para despedirse.

Miquel me visita a diario. Después de unos pocos días, emprendemos las anheladas caminatas —anheladas por mí— en los hermosos parques cercanos.

Durante una de esas, y casi sin darme cuenta, empiezo a responder a la pregunta de Miquel sobre lo que me preocupa. Las palabras se me escapan una tras otra, y termino contándole todo lo que me ha venido afectando en las últimas semanas. Le hablo de la aparición —al parecer solo ante mí— de esos seres misteriosos con forma de niñas, y de mi creciente sospecha de que están relacionados con el aumento de muertes y accidentes

que nadie ha logrado explicar. Al observar el interés que le despierta el tema, decido agregar también lo relacionado con la premonición recibida desde niño, las constantes pesadillas y cómo estas coinciden con las visiones de los pequeños seres, así como del singular sueño con la *mudang* durante mi, todavía más extraña, enfermedad.

Miquel me mira muy serio y deteniendo nuestro caminar me invita a sentarme en una de las bancas.

—Brandon, solo estaba esperando que terminaras de confiar en mí para confesarte quién soy o quiénes somos en realidad. Dos compañeros y yo venimos de un reino localizado fuera de la Tierra. Yo soy el comandante de su ejército y los tres fuimos enviados para acompañarte en la misión que pronto tendremos que cumplir los cuatro. En cuanto regresemos al departamento te presentaré a mis dos amigos y te contaremos más acerca de nosotros.

Aunque mi asombro es enorme, por alguna extraña razón en ningún momento dudo de sus palabras. La información que me comparte cobra mayor sentido al recordar la ceremonia llevada a cabo durante mi período de inconsciencia, así como las palabras de Hana cuando me dijo que: seres muy poderosos me acompañarían en la lucha contra el demonio.

Al regresar ambos al edificio de departamentos conozco a Geber y Galizur, ambos de una edad indefinida, como Miquel. Aunque sus ojos son de diferente color a los de él, la serenidad y sabiduría en su mirada son la misma. Geber se inclina y se presenta como el mensajero del Reino azul, Galizur me da la mano mientras me comenta que su responsabilidad es resguardar la historia y conocimientos de su reino. Muy sonriente, agrega:

—Brandon, ¿te puedo llamar Bran como tu madre? —sonríe más al notar mi asombro ante su informalidad, algo que no

sucede con Miquel y Geber. Continúa—: Deja y te comparto la información que tenemos hasta la fecha de la situación que está enfrentando la Tierra. Hace meses, dos pterosaurios rojos que formaban parte del séquito del demonio discutieron con él. Lo que sabemos es que uno de ellos logró huir hacia la Tierra, no sin antes amenazarlo con vengarse haciendo uso de los conocimientos oscuros de ese reino. Nuestros compañeros nos confirmaron que desde su escondite ha estado enviando mensajeros a todos los confines de la Tierra. Cada uno de ellos tiene un objetivo bien claro: robar a los humanos la Justicia, Caridad, Humildad y Generosidad entre muchos otros. Al hacerlo, rempazan la bondad extraída con maldad, para que prevalezca la nueva característica como parte esencial de su personalidad. Perder esos valores, es perder la humanidad.

”El pterosaurio conoce y ha aceptado de antemano el riesgo incluso de morir. Su objetivo principal es usar el mismo tipo de acciones ejecutadas por su jefe contra la humanidad desde hace miles de años. Se quiere asegurar que concluyamos que también el demonio tiene parte de la culpa y sea castigado, algo que llevar a cabo el mismo le es imposible a pesar de sus años de entrenamiento.

”Él sabe que nosotros somos los únicos capaces de castigar al demonio, por lo que al evidenciarlo podrá cumplir con su venganza personal. Nuestro príncipe está muy molesto con la tragedia desatada, tan injusta para la humanidad. El objetivo de nuestro enemigo siempre ha sido engañar a los humanos. Los siervos bajo su mando hacen falsas promesas y logran convertir a hombres y mujeres en seres débiles, quienes al final de su vida terrenal son llevados a su tenebroso mundo. Debido a que el príncipe oscuro es vigilado continuamente con el fin de reducir su desvergonzada intervención aquí en la Tierra —algo que no

deja de hacer, pero por lo general a través de sus servidores—, se apresuró a reportar el problema a nuestro reino con el fin de deslindar su responsabilidad, aparentando que él no estaba involucrado con la situación. Nunca sabremos con exactitud lo que sucedió, pero para nuestro príncipe lo más importante es el bienestar de los humanos, algo que en este momento está en riesgo”.

—Bran, ahora que conoces un poco más los hechos y aceptaste ser investido por Hana con el poder de los espíritus de corazón puro, queremos que sepas que nosotros estamos aquí para apoyarte. En misiones como ésta la Tierra debe estar siempre representada por un elegido, y ese fuiste tú desde pequeño, como lo han sido otros antes —termina diciendo Galizur.

Aunque estoy seguro de que su comentario conlleva un cumplimiento, mis nervios son muchos sabiendo que muy pronto enfrentaré situaciones desconocidas, pero sobre todo peligrosas. A pesar de ello asiento con firmeza, sin percatarme que al hacerlo resplandece una luz bajo la manga izquierda de mi camisa.

## CAPÍTULO VI

### **La habitación blanca**

Hoy estoy más tranquilo, podría decir que feliz. Atrás han quedado las sinnúmero de semanas durante las que padecí el repetitivo sueño allá en Corea, el tremendo estrés debido a las visiones de los extraños seres y el periodo de enfermedad durante el cual los espíritus de Hana se trasladaron a mi cuerpo.

Me siento emocionado. Además de que pronto regresaré a mi rutina laboral, este día tengo una reunión en el departamento contiguo, hay que revisar el plan para llevar a cabo la misión encomendada. Después de comer un desayuno abundante, algo que extrañaba hacer hace ya varias semanas, me visto con un conjunto deportivo color azul y me dirijo a mi cita. Toco la puerta y Galizur la abre, me saluda muy sonriente:

—¡Buenos días, Bran! —también viste de azul.

—¡Buenos días a todos! —saludo y respondo a la sonrisa de Galizur.

Los otros dos compañeros se acercan y es Miquel quien nos invita a sentarnos alrededor de una mesa redonda de cuatro plazas. Mientras nos acomodamos observo el departamento, es muy parecido al mío, pero en este no hay gran cantidad de

mobiliario, en realidad la mesa es el mueble que se destaca en el espacio casi vacío.

Sobre la mesa hay un plano extendido donde está claramente marcado un punto, entre dos de los continentes más grandes en la Tierra. Miquel lo señala y nos comenta:

—Este es el sitio donde se encuentra escondido el pterosaurio...

Mientras Miquel continúa con la explicación, mi mente es un torbellino de preguntas. Crecí en uno de los países con mayor diversidad de culturas, donde cada grupo se esfuerza en mantener su propio entorno, con el fin de seguir identificándose con sus raíces. Algo que caracteriza al país de origen de mi madre es el respeto profundo hacia los adultos, por lo que solicitar en forma directa respuesta a mis dudas es algo a lo que sigo sin acostumbrarme. Confío en que pronto recibiré más información de su parte, no solo relacionada con la misión sino sobre ellos mismos.

—Brandon, entendemos que todo esto es nuevo para ti y lo preocupado que estás por el rol que se te asignará durante la misión, —me dice Miquel y continúa explicando— en esta ocasión enfrentaremos un desafío considerado uno de los más difíciles incluso para nosotros. Nuestra responsabilidad será prepararte como representante de la Tierra, pero los cuatro deberemos actuar como uno solo con el fin de que el plan resulte exitoso. Además de lo que Galizur te explicó, me gustaría agregar información más reciente recibida por parte de nuestros compañeros —y sigue contando—: Hace millones de años Tierra el demonio capturó una pequeña manada de pterosaurios. No obstante secuestrar a toda la manada, su principal interés radicaba en dos de color rojo, quienes mostraban una mayor fiereza aunada a un físico descomunal muy diferente al resto

de sus compañeros. Hasta donde sabemos, tanta diferencia se debía a que ambos habían sido engendrados por un pterosaurio y un demonio, familiares del príncipe oscuro. Desde su captura, todos ellos vivieron en los dominios del maligno. Por eso esta manada no estaba presente en la Tierra durante el exterminio de las diferentes especies existentes en ese tiempo.

”A la fecha, el poder logrado por el pterosaurio rojo es muy grande, capaz de destrozarse física y mentalmente cualquier ser vivo que decida enfrentársele. Durante los últimos meses su energía se ha incrementado al alimentar su mente con los resultados entregados por los mensajeros, los responsables de extraer las virtudes a los humanos y remplazarlas con otras tales como la deshonestidad, la arrogancia, el odio, la guerra, la desconsideración, la irresponsabilidad, la envidia e infidelidad entre muchas otras.

”La energía negativa resultante de los humanos convertidos la entregan como alimento al pterosaurio. Además de esa fuerza oscura acumulada, el instinto natural de asesino y el sentimiento de odio contra su jefe, lo volverá cada día más peligroso. Por su alta jerarquía en el mundo oscuro tuvo la oportunidad de aprender conjuros diversos que ahora le permiten contar con miles de esclavos que trabajan para él como mensajeros. Se trata de pequeños demonios de categoría muy baja a quienes puede transformar con una apariencia capaz de engañar a cualquiera con tal de cumplir la misión encomendada, al igual que el demonio lo hacía con él —dirigiéndose a mí—; Brandon, mientras estuviste enfermo algo que tenía que suceder con el fin de que Hana transfiriera el poder de sus dioses y espíritus a tu cuerpo, han muerto miles de humanos. Lo más crítico es que muchos de los que ya perdieron sus virtudes están persuadiendo a otros de que cambiar es más

conveniente, por lo que la cantidad de afectados se incrementa día con día. La injusticia se ha propagado por el mundo, las personas reaccionan agresivas, asesinando por cualquier causa sin importancia, roban para tener más de lo que necesitan, comen sin tener hambre, y la lujuria se ha extendido a todas las edades —termina diciendo Miquel. Se pone de pie y nos indica que lo sigamos. Nos dirigimos a una de las recámaras y observo que al igual que el vestíbulo, la decoración es rústica, con el mínimo mobiliario.

Continúo caminando detrás de ellos, se dirigen ,a lo que se supone, sería el baño, pero logran desconcertarme de nuevo. Lo único que hay ahí es el acceso a una escalera con dirección en ambos sentidos. Al ver a mis nuevos amigos encaminarse a los escalones que descienden, me pregunto hacia dónde se dirigen y cuándo terminaré de sorprenderme.

Después de un rato, calculo que el número de escalones avanzados son mucho más que los requeridos para acceder un nivel. Transcurridos bastantes minutos, desembocamos finalmente en una habitación totalmente blanca. Lo único que puedo observar en una de las paredes son cuatro brillantes y extrañas armaduras en color plata, y al lado de cada una de ellas se puede ver un soporte vertical sobre el cual descansa un escudo y una espada.

La luminosidad ahí es diferente. Al ser un nivel inferior hubiera esperado un lugar oscuro, pero es tanta la luz que parecería como si estuviéramos en uno de los días más soleados que puedo recordar. El ambiente es silencioso. Mis pensamientos son interrumpidos por Miquel.

—Como te podrás dar cuenta, este es un lugar muy especial al que solo tú y nosotros tenemos permitido entrar. Se trata de un espacio sagrado, aquí serán fortalecidos tu mente

y cuerpo. Después serás capaz de enfrentar hechos y seres solo vistos por aquellos humanos que, al igual que tú, un día fueron también elegidos para combatir el mal. A partir de hoy, una de esas armaduras y espadas te pertenece. Tendrás que acostumbrarte pronto a manejar el poder con el que fue construida. Estamos seguros de que en el futuro nuestro príncipe aprobará que te compartamos mayor conocimiento y facultades —tiene el ceño fruncido—: Hay que ser conscientes de que la misión será difícil. No podemos olvidar que el pterosaurio rojo es una criatura moldeada por el enemigo en las artes oscuras durante miles de años. Esa marca no se borra. Y, aun así, por razones que apenas alcanzamos a comprender, guarda un rencor profundo hacia aquel que lo entrenó. Pero tenga o no razón en su odio, no podemos permitir que siga dirigiéndolo contra los humanos. A partir de hoy iniciaremos un entrenamiento intensivo. Solo tenemos un mes para prepararte, un mes para aprender a movernos como si fuéramos uno solo.

Geber será tu maestro en una de las disciplinas esenciales: el uso de la espada. Galizur y yo nos encargaremos de lo más difícil: enseñarte a dominar tu mente.

—¡Solo un mes! —exclamo.

—Comprendemos que es poco tiempo, pero es el momento en que contaremos con el apoyo de los chamanes, las *mudang* y los *baksu*. Ellos se mantendrán promoviendo el compromiso entre los espíritus y la humanidad a través de cantos y danzas, implorarán a los dioses que intervengan en favor de la buena fortuna de los hombres. Mediante esta ceremonia *Kut*, se interpondrán ante los espíritus malignos con el fin de mantenerlos bajo control. Este ritual les requerirá un esfuerzo constante, pero impedirá que esos espíritus negativos unan su fuerza a la del pterosaurio al momento de ser

atacado, lo cual dificultaría nuestra misión —agrega Miquel, muy serio—: Por otra parte, sé que el lunes debes regresar a tu trabajo, pero a partir de ahora te voy a recomendar no laborar tiempo extra: necesitarás esas horas para tu entrenamiento.

—¿Pero, y las mensajeras? Están yendo y viniendo con impunidad causando mayor número de desgracias —replico angustiado.

—Así es, y lo sentimos mucho, pero lo importante es acabar de una vez por todas, con el origen del problema y para ello debemos apegarnos al plan ordenado por nuestro Reino.

## CAPÍTULO VII

### **La muerte**

Al despertarme esta mañana, todavía me cuesta creer que podría formar parte de una misión tan insólita como importante. Me considero una persona introvertida y, por momentos, la sola idea me pone nervioso. Me pregunto si no habré actuado de manera irresponsable cuando, en aquel extraño sueño, me comprometí con Hana y luego con los tres caballeros para resolver un problema de dimensiones tan enormes.

Es mi primer día de trabajo después del largo período de ausencia. Los compañeros y amigos se acercan a saludarme, lo cual me ayuda a distraerme. Sin darme cuenta, estuve a punto de ofrecerle apoyo al señor Marshall para cubrir un turno extra en su departamento, pero enseguida recordé el rostro severo de Miquel cuando me pidió que no trabajara más tiempo del necesario.

No entiendo cómo podré lograr cambios tan drásticos en mí, en tan solo un mes, pero me digo que al menos pondré todo mi esfuerzo. Debo responder a la confianza que mis tres nuevos amigos están depositando en mí para poner fin a la tragedia que en este momento aqueja a la humanidad.

Percibo las miradas disimuladas de mis compañeros. Quizás se deba a que el torbellino de conflictos dentro de mí se refleja en mi comportamiento. Respetuosos como siempre, no se atreven a hacer comentarios, pensando tal vez que mi ensimismamiento se debe a que aún me recupero de mi reciente enfermedad.

Sobre todo, me siento observado por José, mi mejor amigo. Pepe, como le gusta que le llamen, es solo unos años mayor que yo. El también nació en Estados Unidos pero es de padres mexicanos.

—*Brother*, ¿todo bien?

—Sí, amigo, no te preocupes —le contesto e intento tranquilizarlo.

—Recuerda que hoy comemos juntos, mi esposa te mandó unas enchiladas —hizo una pausa enfática cerrando los ojos y apretando los labios—, que te chuparás hasta los dientes —me dice lanzando después su clásica risotada.

Después de dos semanas de riguroso entrenamiento, el dolor de mi cuerpo es intenso, pero el resultado es también grandioso. Cada día que transcurre me siento más fuerte física y mentalmente. Con el apoyo de Miquel y Galizur, mi resistencia mental y física ha alcanzado un nivel que nunca creí lograr y el cual me permite soportar mejor los agotadores movimientos de ataque y defensa requeridos, una y otra vez, por Geber.

Durante los primeros días, las largas jornadas sosteniendo la espada y su empuñadura —pensada para usarse con una o ambas manos— dejaban mis brazos y manos rendidos, colgando sin fuerza a los costados pese a los guantes. Cualquier tarea por ejecutar después de la dura práctica, incluyendo el conducir hacia el trabajo, era una tortura.

Para mi fortuna, la naturaleza se ha hecho cargo. Mis palmas y dedos sangrantes al inicio por el constante roce son ahora una capa de callosidades que me protegen del dolor. El peso de la hermosa y brillante espada, llena de desconocidos —hasta el momento— símbolos en una lengua definitivamente muy antigua, grabados en la hoja y empuñadura, ya no es un problema. El arma, que al inicio apenas lograba levantar, ahora responde con facilidad a los movimientos y velocidad demandada por Geber.

Una noche, al regresar agotado a mi departamento y faltando solo una semana para finalizar el entrenamiento escucho mi celular. Al oír la voz del otro lado, un cúmulo de recuerdos inundan de inmediato mi mente.

—¡Brandon!

—¡Min Young! Tanto tiempo sin escucharte. Discúlpame, sé que debería llamarte más seguido, pero con los turnos extras en el trabajo y los diferentes horarios que nos separan a veces se dificulta. ¿Cómo has estado? ¿Estás bien? ¿Mi abuela está bien?

—Brandon... perdóname por la noticia que tengo que darte —pausa—. Sé lo mucho que quieres a tu abuelita... pero lo que debo decirte no puede esperar... lo siento mucho querido amigo, murió esta mañana.

La alegría de recibir una llamada sobre alguien con quien conviví durante cada uno de mis viajes a Corea, y por quien siento algo muy especial, desaparece de golpe. Mi abuelita era alguien muy especial para mí. Desearía poder decir algo, pero un nudo en la garganta me lo impide. Siento el calor de las lágrimas corriendo sobre mi rostro mientras que del otro lado escucho los sollozos de Min Young, hija de los vecinos de mi abuela.

Después de unos momentos, Min Young continúa informándome con voz sollozante los detalles sobre el lamentable suceso. Al despedirnos, le prometo que pronto la veré en Corea. Me quedo un buen rato sentado y respirando profundo, me digo que ahora deberé ser yo el que llame a mi madre para darle la noticia.

—¿Brandon?

—Madre, sabes que mi abuelita estaba muy enferma... y que por lo mismo desde hace tiempo había considerado inútil regresar al hospital, que solo aceptaba los cuidados de Min Young en casa...

—Hijo, ¿qué sucede?

—¡Lo siento mucho! Min Young acaba de comunicarme que tu madre, mi querida abuela, falleció esta mañana.

Por fortuna para mí, la reacción por su parte es la esperada. Después de escuchar la triste noticia solo alcanzo a escuchar un suave sollozo. La fortaleza de ella siempre ha sido algo ejemplar. Tras una pausa muy breve la escucho de nuevo.

—Brandon, debido a que son muchas horas de vuelo estoy segura de que el médico no aprobará que tu padre realice un viaje tan largo por su problema de salud. Creo que seremos solo tú y yo los que viajemos a Corea.

—Comprendo, madre, tan pronto organice mis asuntos, me comunico de nuevo para confirmarte la hora de nuestro vuelo. Después de cortar la comunicación me dirijo al departamento vecino para informar lo sucedido a los tres guerreros, así como la decisión de viajar a Corea.

Después de saludarlos y compartir la desafortunada noticia, percibo con claridad los gestos de solidaridad, sobre todo de parte de Geber y Galizur quienes inclinan apenados

su cabeza. Sin embargo, es el líder quien con voz queda, pero muy firme me dice:

—Brandon, entendemos la situación y el dolor por el que estás pasando, pero debes comprender que nuestra misión tiene prioridad por sobre cualquier otro suceso, aún uno tan desventurado como la muerte de tu abuelita. Nuestros preparativos no pueden aplazarse ni un solo día porque eso afectaría el éxito de nuestra misión. Debemos ser responsables, solidarizarnos con el esfuerzo de todos los *mudang* y *baksu* que están arriesgando su vida mientras mantienen bajo control a los espíritus negativos para proteger la vida de todos los humanos, incluida la tuya.

Al escucharlo, me invade una profunda tristeza y una decepción que no logro ocultar; había dado por hecho que contaría con todo su apoyo para despedirme de mi amada abuela. Aun así, reconozco que tiene razón: cada hora y cada día son cruciales para la misión. Sin agregar nada más, regreso a mi departamento para comunicarme de nuevo con mi madre.

—Madre, lo siento mucho, pero no podré acompañarte. El proyecto en el que estoy participando es muy urgente, no me permite ausentarme un solo día.

—No te preocupes, tu abuelita ya está en el cielo y ella sabe que la amabas mucho. Me pondré de acuerdo con Min Young, y entre las dos nos encargaremos de los funerales. Por favor, solo asegúrate de llamar todos los días a la señorita Smith, la enfermera que cubrirá mi ausencia. Aunque mi estancia allá será breve ojalá tengas oportunidad de visitar a tu padre. Su salud está muy comprometida, por lo que es necesario que reciba los medicamentos en los horarios especificados.

A la mañana siguiente, con tristeza, veo a mi madre abordar el avión que la llevará a Corea. Cuando la abracé me invadió un repentino presentimiento que me hizo recordar a las

mensajeras. Disimulo mi preocupación, no sería justo agregar más angustia al ya penoso y solitario viaje de ella. Me vuelvo a disculpar y le pido que agradezca a Min Young por todo el apoyo con los funerales de mi abuelita.

Después de verla partir y de cumplir con el horario de trabajo, sin ánimo alguno, retorno a mi rutina de entrenamiento llevada a cabo en la conocida habitación blanca. Debido a mi falta de disposición, me siento desfallecer ante la poderosa rutina de ataque y defensa de la espada de Geber, y aunque en otras ocasiones como esta no dejan de escucharse las recomendaciones de Miquel y Galizur, ahora solo guardan un respetuoso silencio.

Muy apenado, confío en que la fuerza interior desarrollada por el entrenamiento mental, sea una herramienta que me permita sobrellevar con mayor rapidez todas las emociones alojadas en mi pecho, sobre todo, perdonarme por no estar en este momento al lado de mis seres queridos.

Cuatro días después de la partida de mi madre, Min Young se comunica conmigo.

—Brandon, te llamo para avisarte que tu madre arribará a Nueva York este mediodía. Querido amigo, también quiero comentarte que los funerales en honor de tu abuelita fueron algo digno de ella.

Le agradezco todo su apoyo, y decido no tomar mi descanso de comida. De cualquier forma, el hambre no ha sido una necesidad apremiante durante los últimos días. Me encamino a la terminal correspondiente y me siento al lado de todos aquellos que, al igual que yo, esperan la llegada de un familiar o amigo.

La tranquilidad inicial empieza a convertirse en impaciencia, siento como si el tiempo se deslizara en cámara lenta. De pronto veo aparece un aviso en el gigantesco tablero

localizado frente a la fila de asientos, “el vuelo Seúl-Nueva York está retrasado”.

Me pongo de pie. Un extraño temor se comienza a apoderar y crecer dentro de mí de forma incontrolada. Siento que mi corazón comienza a latir más rápido. Lo primero que se me viene a la mente es que debería comunicarme a la torre de control, pero casi de forma inmediata reacciono, convenciéndome de que no debería perder la calma. Respiro profundo y me siento de nuevo, diciéndome que debo confiar en que todo estará bien. Después de transcurridos casi diez minutos de voltear y revisar una y otra vez la pantalla, el mensaje no varía, “vuelo retrasado”. A mi alrededor las personas lucen tranquilas, quizás acostumbradas a ese tipo de evento. Cada minuto transcurrido aumenta mi inquietud. Al conocer el peligro que amenaza a los humanos y mi relación con este, algo me dice que el retraso no es normal. Sin esperar un minuto más, me comunico a la torre de control.

—José, soy Brandon, ¿hay algún problema con el vuelo Seúl-Nueva York? —cómo no recibo respuesta, insisto—, José, ¿me escuchas?

—*Brother*, discúlpame, estamos tratando de analizar todas las posibles causas del problema. Perdimos contacto con el avión desde hace unos minutos, pero tu tranquilo. Debe de tratarse de alguna falla en el sistema de comunicación, en cuanto sepamos algo te aviso.

Imposible esperar más, me dirijo corriendo a la torre de control, pero al final decido desviarme al área de seguridad. El peligro potencial desconocido por todos, pero no por mí, me indica que debería empezar por investigar los videos del abordaje en el aeropuerto de Seúl.

Entro al área jadeante sin siquiera saludar. No me preocupa sentirme observado por todos. Un grupo, por lo general alegre, ahora permanece en silencio. Saben que mi madre regresaba en un vuelo que, hasta el momento, está anunciado como retrasado y conociéndome, comprenden mi angustia. Me comunico de inmediato con mi colega en la torre de control allá en Seúl.

—Park Seol -Ye, adelante...

—¡Brandon, qué gusto escucharte! ¿En qué te podemos apoyar?

—Tenemos un problema de comunicación con el vuelo Seúl-Nueva York: debió aterrizar aquí hace casi una hora. —le digo muy tranquilo, mientras escucho el tono de mi voz, como si proviniera de un lugar muy lejano.

—Brandon, la salida de ese vuelo estuvo perfecta, sin ningún contratiempo.

—Está bien, me gustaría revisar el video de abordaje, quiero asegurarme si mi madre está entre los pasajeros.

—Por supuesto, permíteme —no espero ni dos minutos—. ¡Aquí está!

Muy pronto identifico la figura de mi madre entre la línea de personas dirigiéndose al túnel de salida, vestida toda de negro. Un poco adelante de todos los pasajeros puedo ver la alta figura del piloto, el copiloto y el grupo de azafatas caminando muy tranquilos unos al lado de otros... ¡Un destello rojo! Ahora puedo observar cómo la pequeña figura toca por un momento la mano libre del piloto, en la otra lleva su maletín; después roza la mano de una de las azafatas, y así continúa, muy risueña entre los miembros de la tripulación.

Mi corazón se paraliza, la escena que se presenta ante mí es la clara anticipación de una tragedia. Mi presentimiento está

a punto de convertirse en realidad. La fatalidad que ha estado afectando a tantos humanos ahora está más cerca de mí, por un momento creo que he dejado de respirar.

Salgo corriendo rumbo a la torre, alcanzo a ver las caras de congoja de algunos de mis compañeros. Al llegar, observo el panorama como si fuera el espectador de una película: todo es un caos, mi jefe da órdenes por aquí y por allá mientras se escuchan voces alteradas a través de las radios.

Las pantallas muestran una y otra vez el momento en que el avión aparece por entre las nubes, y en lugar de continuar un descenso controlado, y ejecutar las maniobras esperadas para acceder al aeropuerto, la gigantesca nave es dirigida en picada al fondo del cercano y profundo mar.

El señor Marshall se da cuenta de mi presencia y se dirige rápido hacia mí. Siento sus manos heladas sobre mis hombros:

—Brandon... preferiría que no estuvieras aquí. El ejército ya envió sus aviones al lugar del accidente y no abandonarán el área hasta estar seguros de saber qué sucedió. Ellos mismos llevarán a cabo las labores pertinentes en coordinación con nosotros. Regresa a tu departamento, por favor. Además, debes comunicarte con tu padre lo más pronto posible.

Oigo su voz como viniendo desde muy lejos. Observo todo el movimiento a mi alrededor mientras el calor huye de mi cuerpo, pareciera que todos mis órganos dejaran de funcionar y me encontrara también en el fondo de ese frío mar. Escucho que el señor Marshall le indica a José que me lleve a mi domicilio. Caminando rumbo al estacionamiento, siento la mano de mi amigo sosteniéndome del brazo, y me dejo conducir como un autómeta.

Durante el recorrido al edificio, por mi mente pasa la dulce imagen de mi abuela y me disculpo de nuevo por no

acompañarla durante su funeral, pero cuando la imagen de ella es remplazada por la de mi madre, el sentimiento de culpa es sofocante, haciéndose mayor el calor de las lágrimas en mi rostro.

Cuando estaba por entrar al departamento, le pido a José que regrese, le digo que prefiero saber que habrá alguien de confianza y que me mantendrá informado sobre la investigación. Una indagación que de antemano sé que solo agregará más dolor a muchas familias, incluida la mía.

Después de controlar un poco el temblor de mis manos, me limpio las lágrimas, Respiro profundo y le marco a mi padre. Al escuchar que me responde con una voz muy débil, siento como si mi corazón se encogiera.

—Padre, ¿cómo estás? En unos minutos enviaré un taxi por ti y te traerá a mi departamento. Necesitamos hablar de algo muy importante.

—Brandon, ¿pasa algo? La enfermera se acaba de retirar...

—No te preocupes por favor, pensé que si estás de acuerdo podríamos pasar la tarde juntos.

Mientras espero su llegada aprovecho para acudir al departamento contiguo. Dentro de mí, el cúmulo de sentimientos encontrados es enorme. Tan pronto Galizur abre la puerta paso a su lado sin saludar. Enfrento al grupo de forma abrupta, sin estar consciente incluso de las lágrimas rodando por mis mejillas.

—Lo siento mucho, pero he decidido cancelar mi participación en el proyecto. Por causa de este no pude estar en el funeral de mi amada abuela. Ahora, toda mi vida llevaré conmigo la culpa de la muerte de mi madre. Si yo hubiera viajado con ella podría haber prevenido al personal de a bordo sobre la peligrosa presencia de la mensajera, incluso podríamos haber

acabado con el monstruo y evitar con ello la muerte de mi querida madre y todos los pasajeros —me callo, percatándome que mi tono de voz había sido demasiado alto, mezclado con el sonido de mis sollozos.

—Brandon, lo siento tanto... —dice Galizur cabizbajo, pero calla con una señal de Miquel.

Nunca he dudado de la bondad, sabiduría, y generosidad de parte de ellos para conmigo y la humanidad, pero en este momento el dolor en mi corazón excede cualquier otro sentimiento. Comprendo además que alguna palabra de consuelo por su parte carecería de sentido en este instante. Sin embargo, el silencio de los tres acrecienta la ira contra ellos, pero sobre todo hacia mí.

Respiro profundo y decido que será mejor regresar a mi departamento, salir de ahí lo más pronto posible. Al abrir la puerta me encuentro de frente con mi padre, sosteniendo su tambaleante cuerpo con la ayuda de un bastón.

—¡Brandon! Me dirigía a tu departamento cuando te escuché, ¿qué sucede?, ¿por qué dices que tu madre está muerta? —me pregunta mientras se lleva una mano al pecho y aparece un *ricтус* de dolor en su cara.

—¡Padre, lo siento mucho! —le digo inmerso en mi propio dolor. Lo abrazo y siento su cuerpo frágil a punto de desfallecer. Solo unos segundos después lo escucho exhalar un gemido de dolor, quedando inerte entre mis brazos. Su debilitado corazón no había podido soportar la noticia de la muerte de su querida esposa.

De soslayo alcanzo a ver que Miquel se acerca a nosotros y antes de que la oscuridad me envuelva por completo, lo último que queda grabado en mi mente es mi padre muriendo entre mis brazos.



## CAPÍTULO VIII

### Tricia

Por una extraña razón, siempre me he distinguido de mis compañeras de manada por mi cresta de color más claro y alta que la de ellas. Aunque soy de las más jóvenes, hace algunos meses alcancé la edad adulta.

En varias ocasiones he sentido el llamado de la naturaleza, pero por alguna causa desconocida, hasta la fecha he rehusado el acercamiento de algunos machos en la manada. Aunque reconozco que, quizás, el rechazo de aparearme se deba al misterioso joven que hace tiempo he descubierto que me observa desde lejos, sobre todo al anochecer. Por fortuna para él, su propósito de pasar desapercibido por el resto de la manada ha sido exitoso.

Asumo que su afán de mantener su anonimato se debe a que pertenece a otra manada, y teme no ser aceptado como parte de esta. Algo en mi interior que tampoco sé con certeza, me dice que mi destino podría ser diferente al de mis compañeras. La aparición y el interés por parte del enigmático pretendiente aumenta lo que hasta el momento es, solo un presentimiento.

Durante los últimos días mi intranquilidad ha ido creciendo debido a la extraña situación. Mientras algo muy dentro

de mí me advierte que debo ser precavida, la respuesta de mi cuerpo me confunde cuando me siento observada por él. En las apacibles noches, mientras al lado de mis compañeros de manada, escucho las historias de los ancianos relacionadas a sus ancestros y sus esfuerzos de sobrevivencia, inevitablemente me encuentro pensando en él.

Estoy segura de que muy pronto el encuentro con él será inevitable. Cierro los ojos; no quiero que mis compañeros noten el brillo distinto mientras la luz y el resplandor de las diminutas figuras, suspendidas allá en lo alto, nos iluminan.

Los ancianos relatan que, debido a las constantes luchas contra los dinosaurios y otras criaturas similares, y porque nuestro grupo era reducido, decidieron que lo más sensato era emigrar hasta este espacio lejano y solitario donde ahora vivimos.

Al separarse, además de asegurar la supervivencia de la manada, encontraron en las inmensas rocas suficiente número de enormes huecos para protegerse contra el inclemente clima y descansar durante los largos períodos de oscuridad. Aunque no era lo que todos hubieran deseado, frente a los montículos, formados por las gigantescas rocas, estaban localizadas un grupo de lagunas repletas de crustáceos que proveían de un sustento seguro.

Las hembras somos responsables de recolectar alimento, mientras que la tarea asignada a los machos es la vigilancia de los alrededores, así como la protección de los nidos donde son depositados los enormes huevos.

Las reuniones nocturnas también son aprovechadas por los pterosaurios ancianos para reiterar que son ellos los responsables de transmitir las costumbres, asignar las tareas y mantener el orden. Algo que siempre nos recuerdan a las

hembras es que somos responsables de la preservación de la especie, por lo que no debemos alejarnos del área bajo la protección de los machos.

Cuando el alimento escasea, un pequeño grupo seleccionado por ellos y formado por lo general por los machos más grandes y fuertes, viaja hacia al gigantesco océano localizado a un día de distancia, donde la posibilidad de cazar peces o aves más grandes es mayor. Al regreso de los cazadores todo es alegría. Su llegada significa que, durante un largo período, todos podremos disfrutar de un alimento más sustancioso, el cual, por supuesto, es administrado por los ancianos para toda la manada. Con el tiempo hemos llegado a entender que una de nuestras ventajas por sobre todas las especies existentes, son las enormes alas desarrolladas a través de los años, que rebasan en mucho el tamaño de nuestro propio cuerpo. Gracias a ellas nos podemos trasladar en el aire, algo que ningún otro grupo es capaz de hacer. Con la práctica, los machos podían llevar a cabo la caza desde el cielo y huir rápidos con las presas, evitando los peligros existentes.

Las posibilidades de confrontar dinosaurios u otras especies más peligrosas, es algo a tomar siempre en cuenta. Los cazadores relatan que los más gigantescos, no dudan en desafiarlos cuando bajan a capturar las presas.

Al regresar de las cacerías, la cantidad de compañeros por desgracia nunca es la misma que al partir. Debido a ello, las excursiones no son aprobadas por los ancianos con la frecuencia que los más jóvenes desearían. Además, los precavidos ancianos saben, por experiencia, que de un momento a otro podríamos ser asaltados por grupos mixtos de reptiles carnívoros de todos los tamaños, dedicados principalmente, a robar los huevos de los nidos de cualquier grupo.

Algunas noches, cuando el gigantesco techo sobre nosotros se compadece de nuestra existencia al no enviar intempestivas tormentas de agua o espantosas luces mortales, me encanta dirigirme al montículo más alto del grupo de gigantescos peñascos. Esta noche algo me dice que ha llegado el momento que tanto he estado esperando, que el misterioso galán al fin se acercará a mí. Mi certeza crece al observar que las pequeñas luces allá en lo alto lucen más brillantes que nunca. Siento como si me observaran, acomodadas en formas misteriosas alrededor de la gigantesca y brillante luz que reemplaza todos los días a aquella más grande e incandescente, y la cual puedes disfrutar solo durante el amanecer.

Mientras camino siento sobre mi cuerpo el viento suave, ya fresco a esa hora. Escucho con atención el murmullo lejano de los sonidos emitidos por minúsculos animales que en esta ocasión me parecen más armoniosos, como animándome a continuar ascendiendo a mi lugar preferido, en esta ocasión a la cita con mi destino.

Y entonces, lo veo esperándome, como si hubiera anticipado mi llegada. Luce exactamente como mis compañeros de manada, pero un poco más grande y fuerte. A medida que me acerco puedo observar que su color de piel es de un tono rojo, pero ese detalle pierde importancia ante su anhelada presencia. Olvidando todas las historias y recomendaciones de los ancianos, me dirijo confiada hacia él.

A partir de esa primera noche, puedo escuchar que algo en mi pecho se mueve más rápido debido a la ilusión de las citas nocturnas. Después de varios encuentros bajo la luz nocturna, estoy segura de que nunca podré aceptar otro compañero. Lo único que me molesta un poco es que, a pesar de mi insistencia,

él sigue rechazando presentarse ante la manada solicitando, además, que mantenga en secreto nuestra relación.

Al acercarse el momento en que debo depositar los huevos en el nido de la comunidad, el aún misterioso amante me propone partir hacia un lejano lugar, asegurándome algo que no comprendo: que nuestros descendientes podrían no ser aceptados por la manada.

Aún sin entender muy bien la razón de su solicitud, decido aceptar la propuesta. El amanecer del día siguiente nos encuentra ya muy lejos de mi hogar. Después de recorrer caminos, que quiero creer que quizás porque nunca los había transitado me provocan escalofríos, a punto de anochecer divisamos un pequeño montículo de rocas y nos dirigimos hacia allí para descansar.

De improviso, antes de llegar al lugar, se planta ante nosotros el monstruo más abominable que haya visto. La descripción que los ancianos nos habían dado sobre los demonios no se acerca ni remotamente a esta horripilante criatura. Me siento diminuta: el ser oscuro y repulsivo nos supera por cuatro o cinco veces en tamaño, y el nauseabundo olor que desprende es algo que jamás había experimentado.

Por primera vez conozco lo que es el miedo. Aunque mi instinto de defensa me prepara para una lucha, al ver las negras garras saliendo de las gigantescas y peludas manazas, estoy segura de que ninguno de los dos tenemos posibilidades de sobrevivir ante tal monstruo. Las enormes patas alcanzan el tamaño de nuestra altura. Del asqueroso hocico gotea un líquido negruzco, y alcanzo a distinguir unos colmillos enormes que me hacen temblar mientras algo golpea con fuerza dentro de mi pecho. Lo que me causa más terror son los ojos, parecen un lago en la oscuridad, una negrura que, a pesar de esta, permite

ver los destellos de una maldad desconocida hasta entonces. Debo huir.

Después de un momento, mientras el silencio se hace todavía más sobrecogedor a nuestro alrededor, se escucha un cavernoso sonido, entre amenazante y burlón, proveniente de su gigantesco hocico:

—¿Así que esta es la mortal por la que nos quieres abandonar? ¿Sabes que no puedes hacerlo! ¡Tú eres parte de mi familia! Para mantenerla a tu lado tendrías que convertirla en inmortal, como nosotros.

No entiendo porque dice eso. Los miro a ambos y temblando me escondo detrás de mi acompañante, confiada, incapaz de continuar viendo el horroroso ser.

—¡Príncipe, déjanos ir! Te he servido durante miles de años, tengo derecho a disfrutar de una vida diferente.

—JA, JA, JA. Te estás engañando tú mismo, estoy seguro de que la mortal no sabe quién eres en realidad. Supiste enamorarla a pesar del color rojo de tu piel. Si te mostraras ante ella como en realidad eres, saldría huyendo de tu lado.

Al escuchar esto, retrocedo. Muy tarde comprendo el engaño. En primer lugar, el extraño color de piel al cual no le di importancia, pero, sobre todo, la insistencia de mantener la relación en secreto.

—Si ella te acepta tal como eres, además de convertirse en inmortal y formar parte de nuestro reino, los dejaré vivir, de otra forma deberé matar a ambos por tu traición.

De pronto, aquel que se había presentado ante mi como un hermoso pterosaurio comienza a crecer hasta hacerse casi del mismo tamaño del demonio que tiene enfrente, tan horripilante como él o incluso peor.

No puedo soportar lo que veo y escucho. Sin esperar más, emprendo el vuelo lo más rápido que me es posible hacia un destino incierto en esa tenebrosa oscuridad. A medida que me alejo, el estruendo provocado por la lucha entre ambos monstruos y los pavorosos rugidos que nunca olvidaré, se van atenuando. Siento mucho calor en mi cara, quizás se deba a que me siento engañada o el agua caliente que escurre de mis ojos. Ahora sé y acepto que, un día, seré reprendida por los ancianos y repudiada por algunos integrantes de la manada.

Con los primeros rayos de la enorme luz proveniente de lo alto, alcanzo a ver una cueva en la parte más elevada de una cercana montaña. Agotada y todavía temblorosa, me dirijo hacia el lugar. Me permito descansar un rato. Cuando dejo de temblar, me invade un profundo temor al pensar en los futuros bebés. Tal como había visto a los machos hacerlo, comienzo a cavar un hoyo en la parte más profunda de mi escondite. Mi cuerpo me avisa que muy pronto expulsaré los huevos, debo depositarlos ahí para que, a través del contacto con la tierra, terminen su formación.

Me angustio al comprender que ahora seré yo la responsable de vigilar el nido, sin ayuda de la manada de la cual formé parte hasta hace poco. Me siento desfallecer, pero sé que lo más importante ahora es mantenerme escondida y en silencio, de eso depende la vida de mis futuras crías. Lo que más deseo es que el demonio se olvide de mí, que no sospeche del posible nacimiento de unas crías que considera como parte de su familia, e intente recuperarlas.

Al pensar que quizás nunca podré ver crecer a mis preciadas crías, fruto de los huevos recién depositados, siento que mis ojos se llenan de agua, pero me repito que debo ser fuerte. Lo que más me angustia ahora es que yo misma deberé tomar

la difícil decisión de acabar con su vida, en caso de que ambos hereden las características del demonio.

Durante las solitarias noches dirijo de forma tímida mi mirada a la deslumbrante y altísima bóveda, invocando misericordia por la vida de ellos y el perdón por mi terrible error cometido, a pesar de las recomendaciones de los ancianos.

Cuando la sed y el hambre son insoportables me permito abandonar por un momento el cuidado del nido en busca de alimento y agua, que para mí fortuna he localizado en la ladera de la montaña.

Finalmente, una mañana veo romperse los enormes huevos. Para mi tranquilidad, surgen dos hermosos pterosaurios dando sus primeros pasitos. Los reviso con mucho cuidado, y cuando me aseguro de no encontrar ninguna otra rareza, a excepción de un tono de piel color rojo muy ligero, parecido al mencionado por el demonio. Decido que es momento de emprender el regreso al que siempre fue mi hogar.

Acomodo con mucho cuidado a ambos pequeños dentro de mi gigantesca mandíbula y así no dañarlos con mis afilados colmillos. Estoy segura de que las probabilidades de vida para ellos serán mayores al crecer como parte de la manada, bajo la protección de los machos adultos y la sabiduría de los ancianos.

Después de varios días de viaje, logro divisar el entrañable grupo de enormes rocas. De inmediato me presento ante los ancianos confesándoles mi falta. Después de compartir con ellos mi desgracia, les ruego que acepten cuidar a los recién nacidos y los mantengan a salvo, como a cualquier otro miembro de la manada. A pesar de que ellos mencionan no tener problema alguno en aceptar también mi regreso, les insisto en que quedarme significaría poner en peligro, no solo a los pequeños, sino a toda la manada.

Agradecida me despido de ellos, no sin antes solicitar se asigne los nombres de Tero y Tron para los dos hermanos. Con el corazón acongojado emprendo el vuelo de regreso a la cueva en lo alto de la montaña, ese lejano espacio que, hasta el momento, me ha brindado protección de un peligro que, quizás muy pronto, podría convertirse en realidad.



## CAPÍTULO IX

### **El cuarto caballero**

Despierto y de inmediato me invade la angustia, mi mente se niega a aceptar la realidad de los sucesos ocurridos hace poco, y siento mi cuerpo adormecido. No tengo deseo de incorporarme. El recuerdo del avión en llamas y en picada hacia el profundo mar, y el de mi padre muriendo entre mis brazos, me provoca una sensación de asfixia, como si una mano estrujara mi corazón y garganta, una y otra vez.

Me siento agotado. Desearía tener la fuerza suficiente para gritar porque quizás con ello reduciría el cúmulo de emociones que me están ahogando, pero mi boca se niega a emitir sonido alguno. Solo percibo el calor de las lágrimas corriendo de nuevo por mi rostro.

Me doy cuenta de que estoy tendido en el piso, sobre algo muy suave. A mi lado observo a Miquel en cuclillas y con los ojos cerrados; puedo ver que nos encontramos en la habitación sagrada. Mi cuerpo está cubierto con una especie de túnica en color blanco en lugar de la última ropa con la que recuerdo estar vestido.

Por increíble que me parezca, poco a poco todo sentimiento de dolor o frustración acaecidos al despertar desaparecen, solo

queda una tristeza muy profunda. Entonces escucho la voz de Miquel que en tono suave pero firme me dice:

—¡Vamos, Brandon! Debemos acompañar a tu padre a su última morada. Por favor, amigo, no te sientas solo. Será un honor que a partir de hoy nos consideres como parte de tu familia. Te aseguro que cuando tú y el mundo así lo requieran estaremos siempre a tu lado. Ah, discúlpame por obligarte a este descanso, pero sufrir una pérdida tan grande en pocas semanas es difícil para cualquier humano aún con tu entrenamiento. Apurémonos, arriba nos esperan Geber y Galizur.

Miquel se pone de pie y me ayuda a incorporarme. En esta ocasión el líder viste un traje oscuro muy formal. Ambos ascendemos y nos encontramos con Geber y Galizur quienes visten algo similar y del mismo color que Miquel. Galizur me dirige una tímida sonrisa a la vez que me entrega un traje negro el cual identifico como uno de los míos.

Al salir los cuatro, frente al edificio nos espera un elegante mercedes en color negro. A un lado de este y mientras mantiene las puertas abiertas, se encuentra un hombre de porte muy parecido al de mis acompañantes.

—¡Buenos días, Brandon, soy Joshua! Mi jefe me hizo prometer que te diera el pésame también de su parte. —Dice esto mientras se inclina de forma respetuosa ante mí.

Durante el funeral, mi tristeza se reduce por la presencia de tantos amigos y compañeros. Galizur me comenta que José y su familia fueron los responsables de coordinar todo lo necesario en honor a mi padre, una combinación entre la cultura de él y la de mi madre, lo cual agradezco a mi querido amigo y familia.

Al finalizar el servicio regresamos al edificio de departamentos en el mismo vehículo. Al llegar, es Galizur quien me

dice con el tono amigable de siempre mientras posa una mano sobre mi hombro:

—Querido amigo, trata de descansar, mañana es un día muy importante. Debemos partir rumbo al escondite de nuestro enemigo, no lo podemos posponer ni un día más.

Al llegar a la puerta de mi departamento me sorprendo al ser despedido de forma inesperada con un abrazo por parte de los tres guerreros. Al entrar y revisar mi celular, me doy cuenta de que tengo un sinnúmero de llamadas perdidas de parte de Min Young. Sin dudar un solo instante me comunico con ella.

—¡Brandon! ¿Cómo estás querido amigo? No sabes cuánto siento el accidente de tu madre y la muerte de tu padre. Te estuve llamando, y fue uno de tus amigos de nombre Galizur quien contestó una de mis llamadas informándome de lo sucedido. Le hice ver mi interés de viajar para estar a tu lado, pero él me contestó muy amable pero categórico que no lo hiciera. Me prometió que pronto te comunicarías conmigo, pero que por favor no me arriesgara a viajar.

—Min Young, no te preocupes, ya estoy más tranquilo. Confío que muy pronto te estaré confirmando la fecha de mi viaje a Corea. Necesito visitar la tumba de mi abuela y que me acompañes al pueblito donde nació para visitar a Hana, su querida amiga.

—Brandon... claro que sí, voy a tomar eso como una promesa.

Después de despedirnos envió un mensaje al señor Marshall para avisarle que, sobre su escritorio, José dejará en mi nombre, la solicitud de todas esas vacaciones que nunca he tomado, agradeciéndole su aprobación además de disculparme por hacerlo de improviso

Ya en mi recámara siento un poco de zozobra, pero también mucha emoción al pensar que muy pronto la humanidad será liberada del acoso de las mensajeras.

Me recuesto pensando que no sé cuánto tiempo pasará antes de volver a descansar en mi cama, un poco preocupado al pensar que quizás la excitación ante la aventura no me permita relajarme, algo que no resulta cierto, sin siquiera percatarme me quedo dormido en un instante.

Me despierto muy temprano, con la sensación de haber descansado como hace mucho tiempo no sucedía. Después de bañarme me visto con un traje deportivo muy sencillo. En solo unos momentos más deberé remplazarlo por la armadura.

Al llegar al departamento vecino Miquel nos invita a sentarnos alrededor de la mesa. A punto de acudir quizás a una feroz batalla, Miquel y Geber se muestran imperturbables. Como siempre, es Galizur quien me sonrío como para tranquilizarme. Estoy seguro de que es precisamente la actitud diferente de Galizur lo que ha incrementado mi confianza, haciéndome sentir más integrado al grupo. Es Miquel como comandante quien comienza a dar las indicaciones.

—Este día nuestra responsabilidad será liberar a la humanidad de la desdicha que la asedia desde hace meses. Llegaremos a nuestro objetivo en alrededor de una hora, y allí la comunicación entre nosotros deberá ser mínima. Recuerden que tenemos que mantener nuestra mente bajo control, totalmente bloqueada a cualquier infiltración indeseada. En cuanto lleguemos ahí el único canal que podremos usar para comunicarnos será el de nuestro Reino, al que ningún demonio tiene acceso. Esta vía de comunicación está abierta en forma permanentemente, con el fin de permitir que nuestro príncipe o compañeros nos apoyen en caso de ser necesario. Como líder seré responsable de atacar

de frente al pterosaurio, Geber y Galizur lo harán por cada uno de los costados con el fin de evitar que huya, y dejaremos a Brandon atrás del monstruo —nos dice, y al observar la duda en mi rostro agrega—: Brandon, para él los humanos son débiles, fáciles de manipular. Entre más tiempo tarde en darse cuenta de tu presencia será mejor, de otra forma intentará desde el inicio incrementar su ataque contra ti y no lo podemos permitir. Además, su cola es también una poderosa parte de su cuerpo que puede ser usada de forma mortal. Nunca debes olvidar que además de nuestro apoyo, los espíritus buenos estarán contigo. Tu mayor fortaleza además del entrenamiento recibido será la energía positiva de todas las virtudes que ellos representan. Cada uno de esos espíritus es capaz de irradiar una luz muy poderosa, capaz de bloquear y destruir cualquier energía oscura enviada a tu mente con el objetivo de controlarte.

En breve, Miquel extrae cuatro lazos color plateado de un pequeño cofre frente a él. Entrega uno a cada compañero y a pesar de su grosor y tamaño, al recibir el mío advierto que contrario a lo que se creyera por su aspecto, su peso es muy ligero.

—El objetivo no es eliminarlo sino inmovilizarlo de forma simultánea con estos lazos de plata, diseñados por nuestro propio príncipe para este caso en especial. Yo ataré su hocico, Geber y Galizur deberán asegurarse de que no logre levantar vuelo y Brandon será responsable de inutilizar su peligrosa cola. Tan pronto logremos hacerlo, le exigiremos ordenar a todos los mensajeros que regresen y den por finalizada su malévola misión. Si acepta el trato, será desterrado de la Tierra y todos sus poderes serán bloqueados. En caso contrario será eliminado ahí mismo y después planearíamos como acabar con todos los mensajeros. El apoyo de Joshua en esta ocasión seguirá siendo el de conductor.

Miquel termina de hablar y nos observa detenidamente a cada uno de los tres, intenta asegurarse de que no tengamos ninguna duda y transmitirnos su confianza como líder. A pesar de la formalidad que lo caracteriza, percibo fortaleza y valentía en su mirada. A partir de ese momento solo existe un pensamiento en mi mente, ser un miembro digno de este poderoso equipo que a través de los siglos ha defendido a la humanidad respaldados por el poder de su reino.

Los cuatro nos ponemos de pie y nos encaminamos a las misteriosas escaleras, pero ahora y por primera vez, el grupo inicia el camino en dirección ascendente. Como sucedió en el primer descenso, en esta ocasión siento que subo y sigo subiendo durante bastante tiempo. Finalmente, los cuatro desembocamos en algo parecido a una terraza; en el centro de esta alcanzo a ver una plataforma, sin imaginarme existiera una en un edificio de departamentos como en el que vivo. Para mayor sorpresa, en el centro de la pista hay una extraña nave plateada muy similar a los aviones supersónicos. A medida que nos acercamos me doy cuenta de que la nave está hecha de un material absolutamente desconocido para mí.

—¡Bienvenidos! —nos dice Joshua, quien ahora viste una armadura similar a la nuestra.

Nos acomodamos dentro de la nave en completo silencio, concentrados los cuatro en la batalla sin tregua que nos espera en ese lejano lugar. Después de un lapso que se me hace muy corto, me percató de que la nave está siendo maniobrada para descender. Cuando Joshua termina de aterrizarla, Miquel nos indica que salgamos.

El exterior resulta impactante, el lugar está en penumbras debido a una densa y pegajosa neblina. La superficie es escabrosa y en algunas partes resbaladiza. El ambiente está invadido

por una mezcla de sonidos que erizan mi piel. Por el sonido que hacen mis botas al pisar, así como el nauseabundo olor, lo primero que pienso es que se tratan de huesos cubiertos de piel en proceso de descomposición.

En automático volteo hacia la nave y veo ahí a Joshua de pie, muy tranquilo. Siento la mano de Galizur sobre mi hombro, recordándome que no estoy solo, que somos un equipo. Respiro y continúo caminando tras el silencioso grupo en dirección hacia donde sabemos se encuentra nuestro enemigo. A medida que nos acercamos al objetivo, la neblina se hace más densa, el ruido aumenta y también el olor fétido, como una mezcla de sangre y desechos orgánicos.

Me esfuerzo para controlar el movimiento de mis intestinos. Muy pronto nos encontramos frente a la entrada de una enorme caverna, donde a pesar de la oscuridad reinante alcanzamos a vislumbrar una gigantesca y oscura figura.

El momento de actuar ha llegado. Hermetizo mi mente contra cualquier tipo de pensamiento tal como fui entrenado, incluyendo mis propias sensaciones. En una de mis manos el peso de la espada se hace más obvio mientras con la otra sostengo con fuerza el lazo que me fue entregado. Mis pasos son ahora firmes a pesar del terreno fangoso, sé que el acercamiento deberá ser rápido, pero también lo más silencioso posible.

Nos detenemos a solo unos metros sin ser vistos todavía por el monstruo, pero seguros de que pronto lo hará debido a que sabemos que su olfato y vista son bastante agudos. La escena que vemos ahí es fantasmagórica, frente al pterosaurio hay un montón de mensajeras y el ruido proveniente de las cercanas y más pequeñas cavernas es mayor y escalofriante.

Alcanzo a ver como el monstruo se revuelca entre la profundidad del lodoso terreno y pienso que para él tal movimiento

debe significar felicidad por la información recibida de parte de los pequeños seres, convertidos en sus esclavos. Al escuchar la orden de Miquel dejó de prestar atención a cualquier otra cosa que no sea su voz:

—¡Adelante!

En unos cuantos segundos cada uno de los cuatro llegamos al lado del gigantesco monstruo, ubicándonos de acuerdo con el plan. Las cuatro espadas y los escudos se encienden despidiendo un fulgor plateado.

Al darse cuenta de nuestra presencia y ataque, el pterosaurio deja de reír e iracundo se dispone a atacarnos lanzando pavorosos y escalofriantes rugidos, mientras muy furioso muestra su gigantesca dentadura compuesta de enormes agujas.

Su furia aumenta al darse cuenta de que su esfuerzo por salir de forma rápida de entre el lodo es casi imposible, debido a que la mitad de su colosal cuerpo se encuentra bajo el mismo.

Miquel aprovecha esos segundos de ventaja. Me quedo maravillado al verlo volar hacia el monstruo desplegando unas gigantes alas ubicadas en la parte alta de su espalda, pero sobre todo por el sonido producido por ellas al abrirse, como el de campanitas de cristal.

De un certero golpe, Miquel inserta casi la mitad de su espada en la parte baja del hocico terminado en forma punzante y de casi un metro de largo. El ambiente se llena de un asqueroso olor a carne chamuscada y del sonido producido por el rugido de la bestia al sentirse herido.

Mientras un torrente de negruzca sangre escurre de la herida, los siguientes chillidos son apagados al instante cuando, sin demora, su mandíbula es atada con el poderoso lazo, evitando por segundos que el líder sea destrozado por la fuerza del enorme pico y sus agudísimos dientes.

El monstruo inicia un fuerte y furioso aleteo tratando de levantar sus más de trecientos kilos, sabedor de su poderío desde el aire. Antes de lograr tal objetivo, Galizur y Geber clavan con fuerza las poderosas espadas bajo sus enormes y poderosas alas de casi quince metros de envergadura, bajo las cuales se alcanza a ver todavía un poco de su color rojizo a pesar del lodo que las cubre.

Aunque herido, el pterosaurio intenta levantar vuelo mientras mueve de un lado a otro su larguísimo cuello con el fin de golpear a Miquel con su hocico atado. En ese momento alcanzo a ver como Geber corta parte del ala expuesta de su lado mientras grita a Galizur:

—¡Galizur, apresúrate! ¡No podemos permitir que huya! ¡Lo necesitamos para que llame a las mensajeras!

Pero debido a que el monstruo tiene la mayor parte de su cuerpo entre el lodo, Galizur duda. Inmovilizar el ala mientras la mayor parte de esta se encuentra enterrada se le hace imposible. Durante los pocos segundos que tarda en decidir una manera diferente de hacerlo, observo como es impactada una de sus piernas por el constante aleteo.

—¡Auch! —el grito apagado y la mueca en el rostro de Galizur no puede ser más evidente del dolor causado por el golpe.

Desde mi posición alcanzo a ver que su armadura está dañada en la parte bajo su rodilla, de donde brota sangre a borbotones. El suplicio es tan intenso que la espada escapa de sus manos. Intento auxiliarlo, pero en ese momento siento sobre mi espalda el golpetazo de la cola.

—¡No, Brandon! ¡No debe verte! —escucho en mi cabeza las indicaciones de Miquel.

Caigo entre el lodo. El dolor es tan intenso que mi cuerpo queda como paralizado, a punto de desmayo. Con gran esfuerzo

y sabiendo que mis amigos me necesitan, logro arrastrarme para quedar fuera de la vista del monstruo logrando mantener en mis manos tanto la espada como el lazo.

Desde ahí veo como Geber vuela sobre el gigantesco cuerpo del pterosaurio y sumergiendo parte de su cuerpo entre el lodazal, corta de un solo golpe casi la mitad del ala derecha, como lo había hecho con la izquierda. Galizur no pierde la oportunidad gracias a la velocidad de su compañero, y recupera su espada a pesar del dolor de su herida. Sin embargo, el movimiento del monstruo sobre el lodo continúa siendo titánico. Ataca con sus patas, pero para nuestra fortuna, el mismo fango se lo sigue impidiendo. Entonces trata de mover de un lado a otro su larga cola con el fin de herir a uno u otro. Haciendo un esfuerzo colosal después de ver el ejemplo y la valentía de Geber, decido cortar una parte de esta, confiando que el monstruo no termine de desangrarse antes de llamar a las mensajeras.

Pero el pterosaurio no se rendirá tan fácil. Al verse sometido físicamente se queda en total quietud. ¡Ha llegado el momento crucial! El uso de su poder mental con el propósito de invadir el subconsciente de los guerreros. Tal como Miquel nos advirtió, ahora su plan será acceder a la información acumulada en nuestras mentes con el fin de modificarla a su conveniencia, convenciéndonos de que estar de su parte sería la mejor opción.

Pero el virtuosismo acumulado durante miles de años por los mensajeros del lejano Reino es una barrera impenetrable.

Al mismo tiempo y previniendo esta acción por parte del pterosaurio, de mi muñeca izquierda se comienza a desprender una poderosísima luz envolviendo en un instante todo mi cuerpo.

—¡Te encomiendo llamar a todos los mensajeros! ¡Ellos tienen que acudir aquí y ahora! —se escucha la potente voz de

Miquel que continúa—, si obedeces, nos han ordenado que tu castigo sea solo el destierro, de lo contrario, tú y todos ellos, morirán.

El monstruo, tal como lo anticipara Miquel continua quieto, confía en romper la resistencia mental de alguno de los atacantes. Incluso, puedo ver como relaja su cuerpo herido y me preparo, creo que ha logrado detectar mi presencia. Los años de experiencia engañando humanos por orden de su jefe son muchos, conoce muy bien como influenciarnos, volvernos débiles, por lo que de inmediato siento su asedio mental con mayor fuerza.

El dolor que siento me obliga incluso a cerrar los ojos. Siento como si mi cabeza se abriera por el golpe de una roca, percibo el calor de la sangre escurriendo de mis oídos y nariz mientras un espeluznante rugido intenta invadir mi interior, pero los espíritus aumentan su poder y la luminosidad a mi alrededor se hace mayor. De pronto, casi estoy seguro de escuchar la voz de Hana diciéndome: “*Brandon tranquilo, aquí estamos*”.

Me siento pleno de energía, sin cuestionar si lo que escuché era o no la voz de ella, guardo la espada y de forma centelleante ato el resto de la larguísima cola a una de las patas que continúa esforzándose en sacar del lodo. Con una nueva e inesperada fuerza, jalo del extremo de la poderosa cuerda y derribo de costado al pterosaurio.

En ese momento se comienzan a escuchar pavorosos lamentos, mezcla del llanto de un niño y los sonidos de diferentes animales. Los cuatro observamos desfilas ante nosotros a cientos de pequeños monstruos. Los mensajeros ya no lucen como tiernas niñas vestidas de rojo que recorrieron la Tierra sembrando su maldad, ahora muestran sus verdaderas formas.

La mayoría de ellos presentan cuerpos de colores oscuros, colas prominentes, ojos saltones, orejas enormes y poco pelaje, algunos otros con plumas ralas, patas muy cortas o largas, mezclas de seres milenarios.

Pero la reacción de los pequeños demonios no es la esperada, a medida que se acercan en lugar de someterse inician un furioso ataque contra los cuatro, ordenado muy seguramente por el pterosaurio con el fin de ayudarlo a escapar.

Geber y yo nos mantenemos cerca de Galizur para apoyarlo, de reojo veo que mis compañeros, al igual que yo, empiezan a doblarse. Uno tras otro, los cientos de demonios muerden y clavan sus agudos colmillos en las armaduras.

Los más grandes y feroces tiran dentelladas a los lazos de plata que mantienen inmovilizado al monstruo. Por fortuna, gracias al poder incluido en su construcción, muy pronto dejan de intentarlo, al ver como el cuerpo de sus compañeros se incendia de inmediato al hacer contacto con ellos.

El pterosaurio, aprovechando mi cansancio y la desconcentración provocada por la acometida de sus mensajeros, intensifica su ataque contra mí. Sabe que soy humano, que aún no puedo defenderme física ni mentalmente al mismo tiempo. De nuevo, los espíritus incrementan la energía a mi alrededor.

Miquel se comunica con nosotros y por primera vez, percibo un matiz de desesperación en su voz:

—¡Amigos, prepárense! ¡Llévenos al pterosaurio!  
¡Confíemos en que no sean muchos los que puedan seguirnos!  
¡Después nos ocuparemos de ellos!

Pero, de pronto, todo queda en un silencio absoluto. El monstruo detiene su ataque. Los lamentos y gritos se apagan, y las violentas ráfagas de viento se disuelven como si nunca hubieran

existido. Los pequeños y furiosos mensajeros se arrojan al suelo, lloriqueando, como si pidieran perdón a alguien invisible.

Una luz dorada, poderosa y total, invade cada rincón del lugar que antes era pura oscuridad. Distingo que la luminosidad proviene de una gigantesca espada de oro, pero el resplandor es tan intenso que me impide ver quién la porta. Eso es lo único que alcanzo a observar antes de escuchar la orden tajante de Miquel:

—¡Brandon, cierra los ojos!

Obedezco. Solo pasan unos segundos antes de sentir una mano sobre mi hombro. Al abrir los ojos, mis tres amigos están a mi lado. El panorama ha cambiado por completo: la oscuridad ha sido reemplazada por la luz del sol, que ilumina montones de cenizas negruzcas y malolientes, restos de cuerpos calcinados que pronto serán absorbidos por la naturaleza.

La batalla en aquel espacio misterioso y sombrío, usado por el pterosaurio para llevar a cabo su venganza injusta contra la humanidad, ha llegado a su fin.

—¡No volteen! —ordena Miquel, y añade—: El príncipe oscuro nos observa desde lejos. Sabe que pronto será llamado a nuestro reino para responder por la parte de culpa que le corresponde, mucho mayor que la del pterosaurio. Aunque no le preocupa ser castigado, sabe que siempre encontrará humanos dispuestos a ejecutar planes en su nombre.

Mientras los escucho, me invade el deseo de preguntar por la identidad de la quinta presencia, pero mi timidez vuelve a imponerse. De algo estoy seguro: el éxito de la misión se debió a ese alguien que no solo evitó mi muerte, sino que resolvió en segundos el conflicto que enfrentábamos.

Mis amigos me observan ahora con sonrisas enigmáticas. Sé que comprenden mis dudas sobre la presencia inesperada que acudió en nuestro auxilio, pero también entiendo que no

consideren que sea el momento de compartirme información acerca de aquella intervención.

Con un gesto, Miquel nos indica que es momento de regresar.

## CAPÍTULO X

### **Tero y Tron**

El primer recuerdo que asalta mi debilitada mente es el sonido del fuerte aleteo de mi hermano Tron, volando juntos, algo que siempre disfruté. Con el tiempo habíamos aprendido a volar uno al lado del otro a la misma velocidad, guardando una distancia perfecta entre ambos.

Recuerdo ese día en especial, cuando nos alejábamos de las gigantescas y polvosas canteras a una velocidad que ninguno de nuestros compañeros había logrado superar. Atrás iban quedando las lagunas donde, de pequeños, fuimos enseñados por los adultos a alimentarnos de todo tipo de crustáceos.

Cuando me acuerdo de los ancianos me siento agradecido. Ellos siempre proclamaron que nuestra madre había sido alguien muy valiente. Que se aseguró de cuidar los huevos ella misma en un lugar muy lejos del campamento; cuentan que después regresó para dejarnos bajo su cuidado. Por desgracia, aún con su apoyo nuestros compañeros nunca perdieron la oportunidad para burlarse de nosotros llamándonos “huérfanos”.

Al crecer y darnos cuenta de la diferencia de tamaño y fortaleza entre nosotros y el resto de la manada, decidimos

que no necesitábamos de nadie, que juntos éramos capaces de sobrevivir sin su ayuda.

Sonríó al recordar que a los pocos años de nacidos, Tron y yo demostráramos al grupo que teníamos tanta bravura que podíamos someter a cualquiera que se nos enfrentara. La prueba de ello es que muchos de nuestros compañeros mostraban terribles cicatrices como resultado de haber hecho comentarios acerca de que éramos hijos de un demonio rojo.

Los rumores eran que el terrible ser había engañado a nuestra madre para que se enamorara de él. Al nacer nosotros, por razones desconocidas ella había preferido abandonarnos y después alejarse para nunca regresar.

Volteo de nuevo hacia mi hermano vigilando su vuelo, Cuando veo las partes rojizas de su cuerpo resplandeciendo con mayor intensidad bajo la luz proveniente de la enorme esfera en el cielo mi molestia regresa. Aprieto mis mandíbulas al acordarme de las burlas de los demás acerca de nuestro color. ¡Bah! ¡Al crecer los hicimos pagar sus burlas!

Juntos habíamos aprendido algo que nos causaba mayor placer, cazar presas ofrecidas por lagunas muy alejadas de nuestro hogar. Este día era precisamente uno de esos días y la emoción crecía a medida que nos acercábamos, anticipando el éxito de nuestra cacería.

Aumenté mi velocidad sabiendo que Tron no tendría problema alguno en seguirme. Ambos sabíamos que el recorrido de ida y vuelta debía completarse antes de que oscureciera. Cuando pensaba en el premio a nuestro esfuerzo me olvidaba un poco incluso de la oscuridad.

Continuamos avanzando a toda velocidad mientras recordaba cómo, en el pasado, mi hermano y yo desafiábamos a los más jóvenes para que nos acompañaran en aquellas incur-

siones. Los veíamos buscar alimento en las lagunas cercanas, arrastrándose como lo hacían nuestros antepasados, y siempre quedándose con hambre debido a su tamaño.

El éxito de aquellas cacerías también formaba parte de nuestra venganza por las ofensas que habíamos recibido desde muy jóvenes. Ahora éramos nosotros quienes nos jactábamos de no tener que comer los minúsculos y apestosos bichos de los que ellos dependían.

La mayoría se negaba a acompañarnos, alegando que nuestra manada era demasiado pequeña en comparación con los enormes grupos de dinosaurios gigantes. Tron y yo nos reíamos; sabíamos que, en realidad, su excusa se debía a que no tenían el tamaño ni la ferocidad de la que nosotros gozábamos.

Al acercarnos a nuestra zona de caza favorita, nuestros rugidos de alegría rompieron el silencio desolado de las lagunas al divisar, en una de ellas, a un dinosaurio atrapado. Desde lo alto observamos cómo el pequeño intentaba escapar una y otra vez, lanzando suaves gruñidos nasales. Quizás solo tenía unas semanas de vida, pero su tamaño bastaría para saciar el hambre de ambos. Al ser tan joven, sabíamos que le sería difícil huir: sus pezuñas, aún diminutas, lo hacían resbalar en el fango.

Como hacíamos siempre: antes de caer sobre nuestra presa oteamos a nuestro alrededor, asegurándonos que no hubiera presencia de adultos. Aunque hasta la fecha no había sucedido, preferíamos prevenir una pelea contra alguna manada de dinosaurios. No era temor lo que sentíamos, nosotros teníamos la ventaja de poder volar, pero su altura era enorme y cualquier pequeña herida sería causa de burla a nuestro regreso.

Al vernos volar hacia él, el pequeño se quedó petrificado. Sabía que sus probabilidades de vida eran nulas. Con seguridad

se había separado de su familia siguiendo alguna presa pequeña, pero ya era demasiado tarde para lamentarlo.

Ambos descendimos doblando nuestras alas casi en su totalidad y sin aterrizar, decidí ser yo el que lo atrapara entre mis mandíbulas. Por seguridad y con la presa en mi poder nos dirigimos tras un cúmulo de altos peñascos.

El lúgubre silencio de aquellas dunas, un lugar que nunca nos atreveríamos a visitar durante el periodo de oscuridad se vio irrumpido por el ruido de los pequeños huesos al ser quebrados por los enormes y agudos dientes localizados dentro de nuestras gigantescas y puntiagudas quijadas. En poco tiempo terminamos con la presa, aprovechando hasta la última gota de su tibia sangre.

Le indiqué a Tron que debíamos irnos —por alguna razón desconocida, él siempre respetaba cualquier orden de mi parte— regresar a las canteras antes de que la oscuridad apareciera, algo a lo único que habíamos aprendido a temer.

La mayoría de las veces, cuando la oscuridad se apoderaba del territorio, el enorme techo arrojaba al suelo furiosas y gigantescas bolas de fuego acompañadas de torrenciales aguas y pavorosos sonidos que nos aterrorizaban incluso a nosotros. A pesar de nuestra valentía no éramos capaces de dormir, ya que desde nuestro refugio habíamos sido testigos de su fuerza destructora.

Su poder era tan grande que hacían huir a la gigantesca bola de fuego que permanecía allá arriba la mayor parte del tiempo, alargando con ello el período de oscuridad. Tan pronto comenzaban a caer las líneas de fuego, aumentaba la neblina y el fuerte viento acarrea hasta nosotros un murmullo de horribles lamentos que por supuesto nadie se atrevía a investigar.

Durante las apacibles noches, los ancianos compartían con la manada una leyenda sobre esas ensordecedoras luces que tanto terror nos causaban. “Aseguraban que demonios y espíritus malos siempre estaban discutiendo por el poder del mundo futuro. La ira desplegada en esas peleas era tan grande que tenía la fuerza de llegar hasta nosotros en forma de fuego, convirtiendo en polvo cualquier tipo de vida al descubierto sin importar su tamaño”.

Cuando eso sucedía todos nos manteníamos en silencio, sin atrevernos a salir de las grietas ofrecidas por las gigantes cas piedras con el fin de protegernos de las furiosas y fatídicas lenguas de fuego escupidas por esos demonios.

En forma esporádica, cuando no éramos atormentados por esas terribles luces o cuando la bola de fuego allá en lo más alto terminaba su recorrido, aparecía otra de menor tamaño rodeada de muchas pequeñitas no menos brillantes y si más fáciles de observar, mi hermano y yo aprovechábamos para ascender a la cantera más alta.

Era nuestro lugar especial. Nos divertimos mucho cuando alguna de las minúsculas luces se desprendía del techo y caía a una velocidad vertiginosa. Durante su recorrido iba dejando una línea formada de otras lucecitas. Algunas ocasiones incluso preferíamos dormir ahí, arrullados por el suave viento, lejos de las ardientes rocas.

Al salir de entre los peñascos, muy satisfechos y con la sangre de la presa escurriendo todavía entre nuestros colmillos nos detuvimos en forma brusca. Frente a nosotros y cerrándonos el paso, se encontraba alguien que nos recordaba las historias relatadas por los ancianos acerca de los demonios.

Acostumbrados a las peleas con los gigantes cos dinosaurios lo primero que tratamos de hacer fue elevarnos, pero la

enorme bestia frente a nosotros extendió veloz dos poderosas y larguísimas garras cubiertas con unas pezuñas en forma de gancho con las cuales nos atrapó al mismo tiempo.

A pesar de nuestro tamaño y peso nos levantó con rapidez asombrosa a la altura de sus ojos, en tanto lanzaba horribles sonidos que quizás para él significaban de alegría por habernos capturado.

El olor que emanaba era horrible, superando en mucho el tufo de los pequeños pescados y crustáceos muertos. El tamaño del demonio era quizás tres veces más grande que nosotros, de color negro y sobre su cabeza tenía dos retorcidos cuernos. Los ojos de tan oscuros apenas se distinguían en su faz, pero el destello de maldad que despedían me hizo sentir que mi fiereza no era nada comparada a la de él.

—Así que ustedes son los vástagos de Balbán —dijo mientras lanzaba una risa digna de un villano de caricatura—. Tenía muchas ganas de conocerlos, pero, sobre todo, de obligarlos a cumplir con su deber como parte de mi familia —se volvió a carcajear, y pude observar unos temibles y agudos colmillos llenos de residuos sanguinolentos.

Nos comenzamos a retorcer entre sus garras tratando de escapar, pero el demonio solo aumentó la presión de sus agudas pezuñas. El dolor me paralizó mientras sentía el calor de la sangre escurriendo de entre mis heridas.

En breve me sentí sostenido, mi hermano igual. Estábamos siendo trasladados en el aire rumbo a lo que a pesar de muchas situaciones siempre consideramos nuestro hogar. Debido a la rapidez con la que el demonio volaba, a pesar de su tamaño, el helado viento golpeaba con mayor fuerza nuestro cuerpo herido. Aunque muy débil, alcanzaba a escuchar el vertiginoso aletear de sus gigantescas y negruzcas alas. En solo

unos instantes recorrió una distancia que a pesar de nuestra velocidad nosotros cubríamos en mayor tiempo. El monstruo aterrizó en lo más alto de la cantera. Desde ahí y sosteniéndonos todavía entre sus garras, reclamó con voz cavernosa la presencia de toda la manada.

—¡Los ancianos ya me conocen! ¡Saben de lo que soy capaz! Aquellos que deseen seguirme tendrán la oportunidad de formar parte de mi reino siempre y cuando obedezcan todas mis órdenes, los que no acepten serán eliminados aquí mismo. Los dos rojos no tienen opción, como parte de mi familia me deberán servir para siempre.

Desde lo alto pude ver como los temerosos jóvenes se iban acercando. Pensando quizás que, si aceptaban la propuesta, un día tendrían la oportunidad de escapar y volver a su hogar para vivir de nuevo en libertad. El demonio golpeó el peñasco con una de sus deformes patas y de algún lugar aparecieron otros demonios. Aunque de menor tamaño, todos lucían igual de feroces que su amo y fueron ellos los que obligaron a los voluntarios a iniciar una marcha rumbo a la naciente oscuridad.

Momentos después fuimos testigos mudos del despiadado asesinato de los jóvenes y ancianos que se habían negado a someterse. Las lenguas de fuego que brotaban del retorcido hocico arrasaron en un instante todo signo de vida, anticipando con terror nuestro futuro en el reino oscuro.

Jamás olvidaré los lamentos de aquella noche; sin embargo, fueron las carcajadas burlonas y descaradas del monstruo las que quedaron grabadas para siempre en mi memoria.

Desde esa noche siniestra, nosotros y los demás compañeros capturados comprendimos lo que realmente significaba la oscuridad. Fuimos conducidos a profundas cavernas donde

los alaridos de terror nunca cesaban, un lugar en el que dormir era casi imposible.

Recordábamos con nostalgia el tiempo en que la esfera de fuego suspendida en lo alto, además de iluminar nuestro hogar, nos brindaba una calidez reconfortante. Ningún miembro de la manada sabía con certeza dónde nos encontrábamos. Habíamos sido arrastrados entre tinieblas hacia una negrura jamás imaginada, algo que aterraba a todos, incluso a mi querido hermano y a mí.

Al principio todos fuimos tratados como esclavos por los pequeños demonios que servían al monstruo. A medida que el número de humanos aumentaba en aquel lugar —que alguna vez había sido nuestro hogar y que ahora sabemos que se llama Tierra— nos asignaron la tarea de vigilar y en muchas ocasiones, de actuar como verdugos de quienes eran trasladados hasta allí.

Tanto ellos, como cualquier ser vivo considerado enemigo, eran recibidos y encerrados en mazmorras situadas en los rincones más alejados y oscuros de ese reino, para cumplir la sentencia dictada por el monstruo. Durante el cautiverio, muchos compañeros fueron recluidos también por desobedecer alguna de las órdenes impuestas por los lacayos. Con el paso del tiempo, nuestro pequeño grupo se redujo a unos cuantos sobrevivientes.

En este lugar solo existía la oscuridad. Ahora extrañábamos la luminosidad proveída por la bola de fuego que salía por un lado y se escondía por el otro lado del enorme techo, pero, sobre todo, añorábamos la libertad de volar juntos como lo hacíamos durante aquellas cacerías.

De improviso, tanto Tron como yo fuimos reasignados para trabajar bajo las órdenes directas del demonio. Con aquel cambio, el tipo de tareas que se nos impuso fue de tal naturaleza

que, por algún motivo desconocido, nuestra desdicha se volvió aún mayor.

Algo dentro de nosotros nos decía que matar por diversión, hacer trampa, obligar a los humanos a convertirse en parte de su reino a cambio de recompensas que después pagaban a un precio impensable, así como muchos más ardidés no eran tareas aceptables. El conflicto interior nos apremiaba escapar de la situación y de la malévola oscuridad que nos rodeaba, algo que sabíamos no iba a ser fácil.

Con la astucia desarrollada a través de los miles de años, el monstruo había anticipado tal rebelión por parte nuestra. Sabiendo que éramos una mezcla de demonio y bestia además del gran amor que nos teníamos como hermanos, quizás había predicho nuestra reacción. Cuando asignaba una misión fuera de su reino a uno de nosotros, se aseguraba mantener cautivo al otro.

Por otra parte, debido a que las nuevas tareas requerían un mayor conocimiento para su éxito, el demonio había tenido que compartir con nosotros muchos de sus conocimientos oscuros. Ahora éramos capaces de transportarnos a través del espacio, transformarnos en diferentes personajes e influenciar los pensamientos y acciones de cualquier ser vivo.

Durante las pocas ocasiones que lográbamos convivir Tron y yo, comenzamos a planear como deshacernos de nuestro odiado captor. Confiábamos que con lo aprendido y siendo dos podríamos derrotarlo. La esperanza de recuperar nuestra libertad fue creciendo con el tiempo.

Cuando empezamos a trabajar bajo sus órdenes nos asignaron un enorme espacio cercano a sus habitaciones, con lo cual tuvimos mayor oportunidad de conocer sus costumbres. Por desgracia, nos percatamos que dormir no era una de sus

necesidades. La mayor parte del tiempo se mantenía despierto, se jactaba de no querer perderse cualquier momento de felicidad que le provocaba el sufrimiento de los humanos.

Estábamos de acuerdo que para escapar tendríamos que aprovechar uno de esos escasos momentos en que dormitaba y durante el cual ninguno de los dos estuviera asignado a una misión.

El día tan esperado se presentó. Haciendo uso de nuestro poder nos caracterizamos como los demonios de su mayor confianza y nos acercamos al oscuro trono donde dormitaba. En forma veloz atamos sus dos gigantescas patas para evitar llamara con ellas a sus súbditos como acostumbraba, pero habíamos subestimado su poder. Antes de poder atar sus dos garras, con la velocidad de un rayo atrapó a Tron.

En segundos vi como mi hermano era sostenido en el aire con una gigantesca pezuña clavada en su pecho de donde ya empezaba a escurrir la sangre. Sabía que pronto trituraría su cabeza como castigo a nuestra insubordinación. Ambos habíamos sido testigos cuando de forma increíble, el hocico del demonio podía crecer a tal magnitud que le permitía engullir el cuerpo completo de cualquier enemigo sin importar su tamaño.

—¡Huye, Tero! ¡Debes escapar para vengarme! —me gritó Tron con una voz desgarradora, mientras se debatía, sangrante, entre las gigantescas garras.

Solo lo dudé un instante. Si me quedaba, los demonios acudirían en su apoyo y no tendría oportunidad de vivir y vengar la muerte no solo de él sino de todos aquellos con los que alguna vez convivimos. Aprovechando los segundos de ventaja proveídos por el sacrificio de Tron, rugí lleno de rabia y dolor:

—¡Maldito! ¡Juro que te haré quedar muy mal con tu acérrimo enemigo! Sembraré una de las tragedias más grandes

entre sus protegidos con el fin de que aumente su castigo contra ti y tus lacayos.

Me alejé de ahí como un relámpago gracias a mi velocidad incrementada con los años, ya nada me ataba a ese maldito lugar. Empecé el viaje rumbo a un destino donde conocía cada rincón de este, así como a sus habitantes, la Tierra. Un lugar en el que durante el transcurso de cientos de años habíamos llevado a cabo la mayor parte de las fechorías ordenadas por el monstruo con el único placer de molestar a su enemigo.

Un sitio lleno de recuerdos, inundado de brillante luz la mayor parte del tiempo y el cual disfrutaba visitar, aunque fuera por poco tiempo. El recuerdo de mi hermano cautivo allá en el lejano y oscuro lugar me obligaba a apresurar mi regreso, algo que ya no volvería a suceder. Además, volver de nuevo a la oscuridad después de ejecutar las vergonzosas tareas resultaba mejor, era más fácil esconder allí ese algo que me hacía sentir avergonzado.

Durante los primeros viajes, recuerdo haber visitado varias veces aquel espacio donde alguna vez vivimos al lado de la manada. Algo que dejé de hacer muy pronto debido a que la Tierra como había aprendido que se llamaba, había dejado de ser la misma. Incluso, hasta nuestros poderosos enemigos de ese entonces estaban sepultados entre toneladas de tierra y rocas mientras el número de humanos había ido poblando con rapidez la mayor parte de ese hermoso lugar.

Después de mucho tiempo hice otro descubrimiento que terminó de encoger mi corazón de dolor, aquella luminosidad que tanto extrañaba proveniente del poderoso sol, ahora me repelía. Permanecer bajo ella solo algunos momentos me incomodaba. Para mi desgracia, ahora me sentía más cómodo

en la odiada oscuridad en la que había estado viviendo durante miles de años.

Debido a esto último, al salir huyendo después de la muerte de mi hermano me vi forzado a esconderme en este asqueroso lugar, adecuado a mi nueva naturaleza. Además, confiaba que la orden que pendía sobre la cabeza del monstruo por parte de su milenario enemigo, la prohibición de acercarse a la Tierra evitara que sus lacayos me localizaran antes de llevar a cabo mi plan de venganza.

Este día me debato sangrante entre los cuatro guerreros con mi hocico y una de mis patas atadas, así como mis alas destrozadas a pesar del apoyo por parte del ejercito formado por los pequeños monstruos.

No me importa morir... mi plan funcionó. El maldito no solo me arrebató la vida de mi querido hermano, sino que nos mantuvo enterrados en esa aberrante oscuridad que al final terminó por cubrir hasta nuestro corazón.

Además, debemos nuestra existencia al oscuro poder, al capricho del monstruo, debimos morir con los nuestros hace muchos años.

Sonrío, estoy seguro de que el demonio recibirá un nuevo castigo de parte de su enemigo. Un ser especial sobre el cual todos murmuraban en el oscuro reino y quien siempre había sido envidiado por el monstruo, pero que se veía obligado a obedecer porque era más poderoso que él.

En forma repentina, un resplandor dorado me obliga a cerrar los ojos poniendo punto final a todos mis recuerdos.

Al volver a abrirlos y observar sin problema la claridad que tanto añoraba, me veo de nuevo en el aire junto a mi querido hermano. Escucho el rítmico sonido de nuestras gigantescas alas mientras un viento suave acompaña el recorrido. Descen-

demos sobre lo más alto de las desoladas canteras sin que la naciente oscuridad nos cause temor alguno.

Allá en lo más alto, la dorada luna hace su aparición iluminando la gigantesca bóveda en todo su esplendor. Las minúsculas estrellas a su alrededor titilan de tal forma que parecieran invitarnos a continuar el viaje hacia ellas.

Nos miramos uno a otro, sonreímos felices y emprendemos nuestro vuelo.



## CAPÍTULO XI

### Regreso a Corea

Es tan fuerte el dolor de cabeza que, al abrir los ojos, los tengo que volver a cerrar. Después de varios intentos logro entreabrirlos y me percato que estoy recostado en el sofá de mi sala, sin recordar cómo llegué hasta ahí. Al incorporarme y antes de seguir haciéndome tantas preguntas, en la mesa de centro alcanzo a ver un maletín y sobre el mismo una nota.

*Querido Brandon*

*Aunque deseáramos que no ocurriera, sabemos que esta no será la última vez que trabajemos juntos. El enemigo siempre estará al acecho de la humanidad, esperando cualquier oportunidad para ganar más adeptos. Tú y nosotros estaremos siempre disponibles para intervenir donde y cuando sea necesario.*

*Después de esta primera misión, no tenemos ninguna duda de tu compromiso con la humanidad. Por ahora, continuarás aprendiendo y deberás reportar cualquier acontecimiento extraño que consideres podría ser el inicio de una tragedia.*

*El departamento contiguo está a tu nombre. En la habitación blanca encontrarás todo el material necesario*

*para continuar con tu preparación física y mental, con el fin de que tu poder sea aún mayor en futuras misiones.  
Hasta pronto, amigo.*

*Ah, casi lo olvido: nuestro jefe aprobó que, siempre que necesites un transporte especial, puedes acudir con Joshua.*

Me encamino rumbo al departamento vecino. El enorme espacio luce como si nunca hubiera sido habitado, el único mueble más predominante ahí sigue siendo la mesa redonda y las cuatro sillas. Me dirijo hacia las escaleras con el fin de revisar la habitación blanca.

Donde recuerdo que antes estuvieron cuatro armaduras ahora está solo la mía. La diferencia es que en una de las paredes se observan enormes estantes repletos de extraños objetos y hasta donde alcanzo a ver, de muchos libros.

En el centro de la estantería se encuentra un escritorio y sobre él una gigantesca pantalla, acompañada de un sofisticado equipo de comunicación. Ahora comprendo las palabras de Miquel, tendré que invertir bastantes horas para descifrar y aprender acerca de todo ese material y equipo con la finalidad de continuar participando en futuras misiones.

Esa tarde, después de revisar parte del material, inicio los preparativos para viajar a la capital de Corea.

Después de muchos años arribo a un aeropuerto que trae bastantes recuerdos a mi mente. Desde que entro al larguísimo túnel de arribo puedo observar a Min Young agitando la mano, dándome la bienvenida. Ella viste un traje sastre formal en color negro con zapatillas altas del mismo color. En cuanto salgo corre a mi encuentro.

—¡Brandon! ¡Cuánto tiempo sin vernos!

Nos abrazamos y lloramos. En un instante nos invaden todos los recuerdos de los tristes acontecimientos vividos a distancia. Después de unos momentos, me dice con una sonrisa, aún con la huella de llanto en sus ojos:

—¡Vamos, amigo! Sé que estás deseoso de visitar la tumba de tu abuelita —mientras dice esto ciñe una cinta amarilla sobre la parte alta de la manga de mi traje negro, un listón que simboliza el luto por parte de los parientes directos durante un funeral.

Observo a Min Young mientras conduce, pensando que sigue igual de bella como la recuerdo. Siendo vecina de mi abuelita la conocí cuando éramos casi unos niños, y desde entonces lo que más me atrajo de ella fue su hermoso pelo. Sonríe feliz al acordarme que antes de abordar el avión había hablado con sus padres, con el fin de hacerles saber que uno de los propósitos de ese viaje era formalizar el compromiso con su hija.

A pesar de nunca haber hablado en forma directamente acerca del sentimiento entre ambos, estoy seguro de que mi afecto es correspondido por Min Young. Un cariño hacia mi confesado por ella a mi abuelita quien de inmediato me compartió feliz el secreto. Al recordar el rostro de mi abuela sonrío, pensando lo feliz que ella hubiera estado con el compromiso entre ambos.

Después de un rato arribamos al cementerio Suyu-dong, localizado en el distrito Dongjak-gu al sur del río Han. De pie ante la blanca lápida dedicada a mi abuelita y localizada muy cerca de una ladera llena de árboles de cerezo, llama mi atención una foto en el pedestal contiguo, la de Hana la *mudang*.

¡No puedo creerlo! Volteo rápido hacia mi amiga dándome cuenta de que ella estaba esperando mi reacción. Min Young me dice:

—Brandon, déjame explicarte. Siento mucho no haberlo hecho antes, pero consideré más apropiado hacerlo en persona. Antes de partir tu abuelita, me indicó que Hana moriría pronto también, que desde el momento que los dioses habían determinado que había llegado el momento de que ella heredara su poder a alguien muy especial elegido por ellos, la misión de ella en la Tierra había concluido. Me indicó que cuando eso sucediera, lo cual pasó solo una semana después de la muerte de ella, coordinara el funeral de Hana en su nombre y trasladara sus cenizas al lado de las de ella, en agradecimiento por su amistad.

Al escucharla, me siento culpable. Recuerdo todas las veces que la *mudang* y mi abuelita intentaron convencerme de que la predicción era una realidad. Me aflige pensar que Hana hubiese quedado desprotegida física y mentalmente en el momento de heredarme sus dioses y espíritus durante aquel ya lejano sueño. Interrumpo mis pensamientos al oír de nuevo a Min Young.

—Por alguna razón que no me explicó, pero que respeto, tu abuelita me comentó que te ibas a sentir culpable por la muerte de Hana. Me pidió que por favor no lo hicieras, que su amiga estaba preparada para partir después de heredar los espíritus a esa persona. Que se sentía muy feliz al saber que su poder no solo beneficiaría a una pequeña población, sino a toda la humanidad. Por último, me hizo prometer que no olvidara comentarte que inclusive Hana había solicitado a los dioses la gracia de formar parte de los espíritus heredados a esa persona.

Incapaz de hablar asiento en silencio, ahora estoy seguro de que la voz escuchada durante la batalla era la de ella. Una profunda emoción me embarga al recordar el amor entre ambas mujeres y los sentimientos de protección hacia mí hasta su final.

Con lágrimas en los ojos me dispongo a presentar mi respeto inclinándome ante ambas tumbas.

Más tarde ya en mi hotel, me aseguro de hacer una reservación en el famoso restaurante localizado en la torre de Seúl con vistas al río Han. Durante la elegante cena, pido formalmente a Min Young su mano en presencia de sus padres. Ambos atestiguan y aprueban felices nuestro compromiso, no sin antes solicitar que la boda se lleve a cabo después del período de luto por respeto a mis padres y abuela. El último día de mi estancia lo dedicamos a pasear, algo que resulta inolvidable. Visitar diferentes lugares en la ciudad al lado de quien ahora es mi prometida era una experiencia que me urgía disfrutar. Por momentos sentía la necesidad de compartir a Min Young acerca de mi primera misión, de que yo era el heredero de los dioses y espíritus de Hana, pero me dije que no era el momento. Comprendía que ese era un secreto que no podía compartir sin la aprobación de los caballeros.

Ya en el avión de regreso a Nueva York, con dirección a un departamento que quizás muy pronto podría ser compartido, sonrío. Deseo dejar atrás los últimos y muy trágicos eventos. Cuando nos despedimos en el aeropuerto, Min Young me prometió apoyarme con la venta de la casa de Seúl y la casona tradicional de ese lejano pueblito, ya vacía también. Por mi parte, me comprometí a vender lo más pronto posible la casa en Nueva York que heredé de mis padres.

Durante las horas del largo vuelo, inundado de una tranquilidad no sentida hace mucho tiempo, a pesar del recuerdo relacionado con la muerte de mi madre, concluyo que mi vida nunca volverá a ser la misma. Atrás han quedado los planes de promoción en alguno de los departamentos en el aeropuerto. Mi nueva rutina deberá incluir muchas horas de ejercicio algo que

siempre postergaba, además de la revisión y estudio del material en el departamento contigo. Un poco antes de aterrizar, interrumpo mis pensamientos al recibir una llamada de Galizur.

—¡Galizur! ¿Cómo está tu pierna? Me quedé muy preocupado.

—Querido Brandon, no te preocupes, ya está como nueva. Recuerda que mi trabajo en el reino es muy importante pero no requiere gran esfuerzo físico. En esta ocasión me ofrecí yo para comunicarnos contigo con el fin de aprovechar la llamada y saludarte de nuevo —sus palabras me ponen alerta—: Amigo, siento tener que darte malas noticias, nuestros colaboradores en la Tierra se han comunicado con nosotros para advertirnos de la presencia de más demonios. Creemos que algunos de ellos podrían ser los mensajeros que no acudieron al llamado del pterosaurio rojo por lo que Miquel solicita que te integres a la investigación lo más pronto que te sea posible.

Después de escuchar a Galizur y despedirnos, la perenne sonrisa mostrada en mi rostro desde el momento en que me despedí de Min Young desaparece poco a poco. A medida que me acerco a Nueva York, siento que me alejo de cualquier otro proyecto que no esté relacionado con el reino de los caballeros, incluido mi plan de formalizar mi relación con Min Young.

Todo mi tiempo y mis esfuerzos deberán estar dirigidos a apoyar cualquier misión que así sea requerida. A medida que comienzo a analizar la magnitud del trascendental cambio, comprendo que la primera misión fue solo el inicio de una vida predicha desde mi niñez. A pesar del peso que siento sobre mí al recordar la fe depositada por mi abuela y la *mudang* en mi persona, así como la fragilidad humana siempre expuesto a desastres creados por poderes oscuros, me digo de nuevo que

sí, que ante todo debo mantener la promesa de apoyar cualquier misión.

Ahora debo ser yo el que confíe en los espíritus heredados, aprender a convivir con el don entregado alguna vez a otros como yo a través de los siglos, con el fin de apoyar la sobrevivencia de la humanidad. A partir de hoy serán ellos los que me guíen por el mejor camino a través del tiempo.

Al llegar al aeropuerto me dirijo presuroso al estacionamiento para recoger mi vehículo. Sin desempacar, me encamino al espacio vecino ahora vacío y haciendo uso del sofisticado equipo me comunico con Miquel.

—Hola, Miquel, acabo de regresar. Después de la llamada de Galizur pensé que debía revisar contigo la posibilidad de comunicar ambos departamentos, así el acceso pasará desapercibido para cualquier visita. Además, me gustaría incluir a una persona que me apoye en las diferentes tareas y... —Miquel me interrumpe mientras lo veo sonreír en la enorme pantalla.

—Tranquilo, Brandon, comprendemos que la responsabilidad que te asignamos es muy grande. Cuentas con todo nuestro apoyo y el de nuestro Príncipe para llevar a cabo cualquier actividad que consideres de beneficio para el objetivo de nuestra misión en la Tierra. En el cajón de la mesa central dejamos la cuenta de banco a tu nombre con el fin de que dispongas de todos los recursos necesarios. En cuanto tengas o tengamos más información de la presencia de los demonios nos volvemos a comunicar.

Al día siguiente regreso a mi trabajo al cual estoy seguro de que deberé renunciar pronto, incluso a la promoción tan deseada alguna vez en la administración del aeropuerto. Después de saludar al señor Marshall y a los compañeros le pido a José reunirse conmigo a la hora de comida.

—*My friend*, te ves diferente... algo cambió en ti —me dice al sentarnos uno frente a otro en la cafetería.

—José, necesito compartirte algo muy importante y quizás difícil de creer. Confío que me escucharás hasta el final sin interrumpirme —no hay reacción—. Durante meses he sido testigo y protagonista de hechos tan increíbles que entenderé cualquiera que sea tu respuesta a lo que te quiero pedir.

A medida que le comparto cada uno de los extraños, pero muchos de ellos espantosos acontecimientos, el rostro de José se va transformando. La cara de mi amigo por lo general sonriente, en momentos muestra preocupación, incredulidad, pero sobre todo seriedad, algo muy raro en él.

Cuando termino de hablar, yo mismo me quedo absorto después de escucharme relatar tan increíbles sucesos. El carraspeo de José termina con los recuerdos de mi increíble experiencia. Ver la comida intacta frente a nosotros, así como el rostro muy serio de José me indica lo impactado que debe sentirse, pero sigo confiando en su amistad y por ende que acepte acompañarme en un proyecto inadmisibles para muchos.

—*My dear friend* —me dice con su acostumbrada mezcla de español e inglés—, comprenderás que estoy más que asombrado. Al principio creí que estabas bromeando, pero conociéndote, y siendo testigo yo mismo de hechos tan insólitos durante los últimos meses, te creo, pero igual estoy en *shock* —después de una pausa muy larga, y rara en él durante la cual se acaricia su bigote, continúa—: En primer lugar, te agradezco que hayas pensado en mí. Mis hijos están a punto de entrar a la Universidad, lo que significa que tendré mucho tiempo libre, igual que mi esposa, quien ahora podrá dedicarse a las actividades que siempre ha deseado. La respuesta a tu petición es: Será un honor apoyarte. Puedes contar conmigo para

llevar a cabo cualquier tarea. Además, te prometo ser un buen alumno —después añade con la pícaro sonrisa de siempre—, y por qué no, un día tendré la honra de conocer en persona a esos guerreros de los que me cuentas.

Respiro aliviado. Tener a mi lado a un mortal como yo, además de ser mi mejor amigo, es algo que incluso podría ser hasta divertido. Estoy seguro de que una vez que Galizur conozca a José, quedará encantado con su personalidad.

La primera tarea que realizamos fue comunicar ambos departamentos con la debida discreción. Después de definir los horarios adecuados para el estudio, entrenamiento y tareas pendientes nos dimos la mano para sellar nuestro acuerdo.

Una tarde al regresar de mi trabajo me doy cuenta de que tengo un sinnúmero de mensajes sin contestar a Min Young. Por increíble que parezca, hasta ese momento me percaté muy preocupado de que no me había vuelto a comunicar con ella desde nuestra despedida en Corea.

—¡Brandon, finalmente te comunicas! —al escuchar su voz preocupada pero también molesta, reconozco que tiene razón en estarlo.

—¡Discúlpame, Min Young! Después de varios días fuera del trabajo y el cansancio del largo viaje...

—Lo entiendo, Brandon, solo quería que supieras que ya puse en venta las propiedades de tu abuelita. Confío en que pronto tendrás oportunidad de hacer lo mismo con la casa de tus padres.

Nos despedimos y me quedo muy pensativo, preocupado por mi futuro personal. Soy consciente de que la felicidad disfrutada durante mi recién viaje a Corea pareciera como si se escapara de entre mis manos. Sin proponérmelo, todo lo

relacionado a mi existencia anterior incluidos mis planes con Min Young, están pasando a un segundo plano.

Sacudo con fuerza la cabeza y vuelvo a decirme que por ahora mi prioridad es continuar con la tarea asignada, que será el tiempo el que revele el rumbo final de una existencia predeterminada hace ya muchos años.

Muy pronto los dos departamentos quedan comunicados. Los días y las noches se hacen cortas atendiendo junto a mi amigo José el entrenamiento sobre todo tipo de defensa personal.

Las horas de estudio asesoradas a distancia por Galizur tal como había predicho, llegan a ser hasta divertidas por las preguntas de José. Mi querido amigo no se detiene ante nada hasta aclarar cualquier duda relacionada con el material y antiguos textos localizados en el *white room* como llama al cuarto blanco.

Han transcurrido ya varios meses durante los cuales he contestado de forma apresurada los mensajes de Min Young. Me siento culpable porque a la fecha tampoco he iniciado la venta de la casa de mis padres.

A pesar de las muchas horas dedicadas al estudio, vigilancia y preparación física combinadas con el trabajo en la torre, José y yo no hemos detectado pistas que nos confirmen alguna situación sospechosa. La inquietud de ambos se hace mayor al recibir una llamada de Miquel:

—Brandon, José, disculpen que no nos hayamos comunicado antes. En realidad, se debía a que nuestro Príncipe nos había recomendado darles más tiempo a ambos para que continuaran con su preparación. Estamos seguros de que ambos han avanzado bastante y serán de gran ayuda en la siguiente misión. En este momento les haré llegar la ubicación del campamento principal de un grupo de servidores del reino

oscuro comandados por alguien que todavía no hemos podido identificar. Les pido que estén preparados para partir de inmediato. En cualquier momento serán transportados por Joshua a nuestra base, muy cercana al área donde sabemos se está planeando una de las mayores amenazas que la humanidad ha enfrentado antes pero ahora las consecuencias serían mayores: Una guerra mundial.





## ÍNDICE

CAPÍTULO I		13
CAPÍTULO II		21
CAPÍTULO III		29
CAPÍTULO IV		35
CAPÍTULO V		43
CAPÍTULO VI		51
CAPÍTULO VII		57
CAPÍTULO VIII		69
CAPÍTULO IX		79
CAPÍTULO X		93
CAPÍTULO XI		107



*El pterosaurio rojo*  
Sonia Arrazolo Reyna

*El pterosaurio rojo* se terminó de imprimir  
en diciembre del 2025 en los talleres de  
Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.,  
Centeno 162-1, Granjas Esmeralda, CDMX.  
En este libro se utilizó tipografía de  
la familia Minion Pro.  
Se imprimió en papel cultural.



